





VOLUMEN 7. NÚMERO 2

espol[®] | Facultad de Arte, Diseño y
Comunicación Audiovisual

Staff.

Autoridades

Cecilia Paredes Verduga, PhD.
Rectora
Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Paola Romero, PhD.
Vicerrectora de Docencia
Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Carlos Monsalve, PhD.
Vicerrector de Investigación
Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Nayeth Solórzano Alcívar, PhD.
Decana FADCOM
Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Carlos González Lema, MSc.
Sub-Decano FADCOM
Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Director

Marcelo Báez Meza, PhD

Asistente de dirección

Lcda. Roxana Crow

Editor Gráfico

Antonio Moncayo Moncayo, MSc.

Consejo Editorial

Omar Rodríguez, MSc.
Daniel Castelo, MSc.
Diana Macías, MSc.
Alla Kondratova, MSc.
Ariana García, MSc.

Gestión de Apoyo y Difusión

José Luis Castro, MSc. Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Diagramación

Sammy Morán

Imágenes

Portada: Emily Murillo
Anne Morales,
págs. 10, 36, 48, 50, 53, 63, 70, 74
Richard Tixi, pág. 28
Jostyn Jiménez,
págs. 39, 82

AI Image Generator
Prompt: Sammy Morán
Página: 92
Prompt: Jostyn Jiménez
Página: 98
Prompt: Ricardo Caicedo
Páginas: 114 -120

Aunque algunas de las imágenes fueron generadas por IAG (inteligencia artificial generativa) fueron retocadas y trabajadas por intervención humana.

CONTENUTI

8	Editorial
10	Cuento Shefket de Cecilia Velasco <i>Sensación de cuerpo extraño</i> de Santiago Toral Reyes
36	Poesía <i>Naipes, parcas, cuentos e hilos</i> de Elma Murrugarra <i>Caral</i> de Elma Murrugarra <i>Hilos</i> de Elma Murrugarra
50	Novela <i>Bulevar Manigua (capítulo 3)</i> de Fernando Nieto Cadena
62	Entrevista Cuestionario Proust-Pivot contestado por Viviana Cordero
70	Rookies <i>La cápsula del tiempo</i> de Alla Kondratova <i>Transparencia eterna y otros textos</i> de Karen Vinueza
82	Teatro <i>Hola, Soledad, un monólogo</i> de Sonia Manzano Vela
92	In memoriam <i>Elegía para Edgar Allan García (1958-2025)</i> de Abdón Ubidia
98	Miscelánea <i>Lo primero es leer</i> de Ricardo Garibay
114	Ficha de colaboradores

EDITORIAL

Editar una revista es un acto de sacra obstinación. En este nuevo número de Píxeletras apostamos por las nuevas voces y las figuras consolidadas. Entre estas últimas está la presencia de Sonia Manzano Vela, con una breve pieza de teatro, un monólogo sobre el paso del tiempo, la problemática del envejecimiento desde el punto de vista femenino. Su texto nos invita a reflexionar sobre las transformaciones que el tiempo imprime en el cuerpo y el espíritu, con una mirada íntima y profundamente humana.

Como primicia, tenemos una muestra del trabajo poético de la peruana Elma Murrugarra, reciente ganadora del Premio Copé. La autora nos ha permitido antologar lo mejor de su decir poético, permitiéndonos publicar una muestra extensa de su trabajo lírico. Sus versos despliegan una sensibilidad particular que dialoga con la tradición poética latinoamericana y al mismo tiempo propone una voz auténtica y renovadora.

Como revelación tenemos la presencia de la pintora rusa Ala Kondratova que nos regala un cuento de aparente ciencia ficción, que en realidad es una crítica al sistema educativo imperante. Su narrativa demuestra que el arte visual y la palabra escrita pueden converger en una sola visión creativa, ofreciendo perspectivas inesperadas sobre nuestras instituciones contemporáneas.

En novela cumplimos con ofrecer el tercer capítulo de *Bulevar Manigua*, una narración que hemos venido publicando por partes. Su autor es el desaparecido poeta guayaquileño Fernando Nieto Cadena

que nos dejó un legado narrativo tan importante como su lírica. Cada entrega nos adentra más en un universo narrativo rico en matices, donde la prosa poética se encuentra con la exploración urbana y existencial.

Este número de Píxeletras reafirma nuestro compromiso con la diversidad literaria y el diálogo generacional. Reunir en estas páginas la madurez creativa de autoras consagradas junto al vigor de las nuevas propuestas es más que una decisión editorial: es una declaración de principios sobre lo que creemos que debe ser la literatura contemporánea. En tiempos donde lo efímero amenaza con devorar lo duradero, seguimos apostando por ese acto de sacra obstinación que significa defender la palabra escrita, el pensamiento crítico y la belleza como resistencia. Invitamos a nuestros lectores a sumergirse en estas páginas con la certeza de encontrar aquí no solo entretenimiento, sino también provocación intelectual y encuentro genuino con la creación artística en sus múltiples formas.

El editor

Este número de **Píxeletras** reafirma nuestro compromiso con la **diversidad literaria** y el **diálogo generacional**.

CUENTO



Şevket¹

Cecilia Velasco

Me aseguré de haber entendido bien por lo menos la hora y el lugar: mercado cubierto, 11h00. “Junto al Teatro de la Ópera”, me había explicado la rusa. Ése era uno de los días libres, en los que ni ella ni yo teníamos que hacer visitas.

Al llegar, descubrí que no solo estaba Katarina con su bonita sonrisa, las sandalias de taco alto y la falda de vuelos, sino que se había hecho acompañar de su hermana: idénticas facciones y unos zapatos un poco más gastados. No me esforcé demasiado para entender su nombre.

Muy pronto pude darme cuenta de que las dos padecían la vieja enfermedad del hambre. Lo noté cuando entramos al mercado y de sus ojos verdes escaparon miradas de ansia. No tuve otra opción que convalidarles los exóticos dátiles –nunca en mi vida los había visto-, y aunque ellas declararon haberlos saboreado desde la niñez, tuve mis dudas, porque los devoraron con demasiado apetito. Dominaban el alemán, pero se les notaba el acento, y no pude dejar de pensar en que tendrían que haberse mostrado más agradecidas conmigo, mucho más amables, porque a fin de cuentas las estaba alimentando.

El mercado era precioso, con muchos tipos de frutos, especias, variedades de panes y de quesos, té, pescados, mariscos y hasta vinos. En un momento, creí descubrirles una cierta expresión de burla al verme ir de un lugar a otro, boquiabierta, admirándolo todo y tomando fotos de todo. Ellas me decían que en su país había exactamente tantos tipos de té como los que estábamos viendo, y que su mamá solía despertarlas cada mañana con una taza fragante de distintas variedades: frutas, flores y hasta extractos de maderas finas, pero no les creí, porque parecían provenir de una familia sin demasiadas tradiciones. Pregunté a Katarina si conocía a Dostoievsky o qué opinaba de Shostakovich, y cuando me respondió que “amaba a Dostoievsky” y que “Shostakovich lo volvía loca”, mientras abría y cerraba exageradamente los ojos de largas pestañas, pensé: “Esta ni los conoce”.

1 Şevket en turco.

Decidieron acompañarme. Es que como había hecho compras durante las tres últimas semanas, la maleta que había llevado conmigo estaba quedando pequeña y tenía que comprar otra. A la hermana de Katarina todo le resultaba o demasiado caro o “espectacular”, y diciéndolo se la pasó la hora y media que estuvimos allí. Se probaron toda la ropa que quisieron, se encerraban juntas en los vestidores y reían fingiendo que eran sofisticadas, pero era obvio que resultaban demasiado ruidosas. Algunas señoras que estaban en la sección de damas las miraban molestas. Para colmo, había momentos en los que no hablaban alemán sino solamente ruso. Lo que pude entender, de todos modos, fue cuando la hermana de Katarina le dijo que parecía que “esta mujer” –o sea yo- debía tener bastante dinero, a juzgar por lo poco que me importaba cuánto estaba gastando.

Al momento de pagar, una de las mujeres que habían tratado con cierto desprecio a las rusas notó que yo no dominaba el idioma, y si bien al principio trató de ayudarme con gestos, luego pensó que la estaba espiando cuando digitaba la clave de su tarjeta de crédito, y como yo no podía explicarle que no era una ladrona, empezó a gritar que me largara, en alemán y luego en inglés, para asegurarse de que la comprendiera. La cajera veía la escena pasmada, y yo sentía que me iba poniendo cada vez más roja y controlaba con dificultad mis grandes deseos de llorar. La hermana de Katarina vino en mi auxilio y no tuvo más remedio que decirle “idiota” a la mujer de la tarjeta. Hay palabra que se parecen en todos los idiomas. Luego, reveló que este tipo de robos era una práctica regular, y yo pensé para mis adentros: “Lo dice porque lo sabe”.

A pesar de que me ayudaron y hasta podría decir que me protegieron, quería salir de ellas cuanto antes, porque su compañía no me daba exactamente prestigio.

Me insinuaron si podíamos tomar juntas un refresco, pero yo sospeché que no tendrían ni un euro, y no estaba dispuesta a seguir invitándolas. Con los dátiles había sido suficiente. Y es que no me había gustado ni un poco que al salir del centro comercial me condujeran hacia una zona del parque donde había solamente hombres, varios viejos, que arrastraban las piezas en un tablero de ajedrez pintado en el piso. Katarina y su hermana miraban a los jugadores y aprobaban o desaprobaban los movimientos, pero luego me dio la impresión de que las rusas, si bien descendían de la estirpe de Kasparov, no querían analizar las tácticas de los jugadores, sino alzarse con algún hombre que las llevara de paseo y a comer.

También me di cuenta de que tenían piernas bonitas y bronceadas, que mecían, con las sandalias bailándoles en la punta de los pies, como si estuvieran a punto de dejarlas caer. Desvergonzadas. Aproveché la primera oportunidad que se presentó para marcharme. Le dije a Katarina que tenía que irme, y casi no escuché, no quise, lo que me decía sobre encontrarnos más tarde.

Cuando me quedé sola, regresé al mercado. Quería contemplar la escultura de una mujer desnuda y altiva, recostada sobre la fuente sin agua de baldosas azules. Una escultura en un mercado era para mí algo extraordinario. Desde donde vengo, se ven sobre todo perros que se meten entre las piernas de los comensales. Compré pan, una botellita de champán frío, aceitunas y camarones embebidos en aceite de oliva, y me dirigí al parque. Quería sentarme en la yerba, como había visto que tantos hacían, comer, beber y no pensar en nada más que no fueran esos momentos de libertad plena. Desde allí, echada, veía las esculturas en el techo del Teatro de la Ópera, luciendo su blancura bajo el cielo.

La tarde era calurosa y seca y me sorprendió ver que la gente se metiera en las piletas, que tenían alegorías de ángeles niños escupiendo delicadamente chorros de agua; también orinando chorros, debo decir, y ya no tan delicadamente. Me contagié del ánimo distendido y me senté en el borde, con los pies dentro.

“

Fue en ese momento
cuando descubrí al
vagabundo.

”

Parecía joven aún, así que debe haber bordeado los treinta, y me recordó a algún dios griego o a un profeta. Vestía andrajos y llevaba barba, como no podía ser de otro modo. El pelo caía en bucles achocolatados a los lados de su rostro varonil: una especie de Juan Bautista clamando en el desierto de Stuttgart. Metía sus manos en los tachos de basura e inspeccionaba los materiales. Cargaba una bolsa de tela, donde introducía cuidadosamente las botellas de vidrio que iba extrayendo de entre la basura. Al mismo tiempo, de rato en rato sacaba de sus bolsillos algunos papeles, y tras leerlos, hacía con ellos pelotas que arrojaba al tacho. Me acerqué. Tenía la idea de obsequiarle comida y de decirle algo que mi papá me había enseñado cuando yo era niña y les dábamos limosna a los mendigos: “Que el Señor le bendiga y le dé la paz”.

Lo seguí a hurtadillas. Me armé de valor y me detuve. Estaba frente a él, a menos de un metro, y creo que el champán que había tomado me dio arrestos. Le estiré la funda de papel que contenía el pan y la porción casi intacta de aceitunas y lo miré llena de emoción. El hombre tomó la bolsa, me contempló de modo indescifrable y cayó de rodillas, llevándose las manos y el paquete al pecho. Parecía en trance. Me quedé unos instantes como petrificada, y poco a poco fui alejándome, caminando de espaldas al mundo y de frente a él los primeros diez o quince pasos.

Hasta que volví la vista por última vez, el precioso vagabundo no había vuelto a abrir los ojos ni se había levantado.

El calor no proviene del sol, como ocurre en mi lugar de origen, donde los rayos solares caen perpendicularmente, sino que parece brotar desde el asfalto. Las piernas me temblaban aún por el encuentro, pero fui recuperándome. Como nadie me aguardaba y tenía tiempo de sobra, decidí entrar al Museo de Arte Moderno, pero antes padecí mucho, porque me costó trabajo dar con la puerta de ingreso, camuflada entre unos paneles de un chillón tono rosado.

Mis hijos me habían dicho que querían que les llevara “cosas del arte”, así que estaba muy entretenida observándolo todo en la tienda, a la entrada de las salas de exposición. Una de las ventajas de estar sola durante ese viaje fue saberme capaz, libre y lejos... tenía algo de dinero, podía comunicarme mal que bien, el verano hacía a todos más amables de lo que generalmente son, según me habían dicho, y en algunas breves conversaciones me habían tratado bien. En los trenes, los alemanes

actuaban con corrección, pues esperaban pacientemente a que otros pasajeros guardaran el equipaje. Se veían como personas discretas, secas, educadas. Unos días antes, en el vagón en el que iba a hacer una visita a uno de los muchachos, viajaba una familia de africanos. La madre cantaba al bebé que acunaba en el regazo en medio del habitual silencio, pero en los rostros se notaba una cierta alegría, como si ese ritmo y esa lengua remotas trajeran frescura a unas gentes más bien circunspectas.

Se plantó ante mí un hombre algo más joven que yo, cuya cara me resultaba remotamente familiar. Ahora que me doy cuenta, creo que se parecía a un novio que me duró menos de una noche cuando yo tenía dieciséis años, con el que había estado fascinada bailando algunas horas durante una fiesta, hasta el momento en el que cometió el atropello de besarme, porque casi me produjo arcadas sentir dentro de mi boca su enorme lengua. O tal vez tenía algo de un muchacho con el que hablé solo una vez, al salir de misa, cuando tenía trece o catorce, cuyo rostro no he olvidado. Por fortuna, las imágenes bellas están grabadas como un tatuaje en el pecho.

Mostraba una expresión audaz. Era el primer desconocido (no tan desconocido si admitimos la teoría de que podría ser la reencarnación de alguien de mi juventud) que me abordaba directamente, y no para entablar una conversación ocasional ni para responder preguntas sobre una dirección. Usó el recurso de la sorpresa, pero hasta ahora no estoy segura de si era un seductor de mujeres como yo, de quienes se sospecha que podrían ser presas fáciles, o si yo le impresioné desde que me había visto hacía cuatro horas.

Hay detalles de la conversación inicial de los que nunca estaré cien por ciento segura, por el idioma; aun así, nos dimos modos para bromear sobre mi vestido, porque él decía que lo había visto y que lo recordaba perfectamente, y yo le respondí que eso no era difícil, pues nadie olvida un vestido que lleva rojo, morado, negro, amarillo y blanco. En las primeras oraciones, ya nos dimos cuenta de un hecho importante que no sé si fue el que lo atrajo hacia mí: los dos teníamos en común

nuestra condición de extranjeros; él, en parte, porque había nacido allí, pero sus padres eran turcos ¿Era mi destino, en plena Alemania, vivir rodeada de rusas y de turcos?

Mientras contemplaba los cuadros en las distintas salas y apreciaba montajes, videos, fotos y obras de toda clase, podía disfrutar y pensar en que a Roberto, mi segundo hijo, esta o aquella le gustarían, pero tenía una sensación inquietante: dentro de menos de dos horas tendría una cita con un hombre al que, un rato antes, en la tienda, le había dicho que quería seguir con las revistas y postales.

Se disculpó por interrumpirme, muy a lo alemán, pero se había quedado allí para preguntarme si podríamos hablar y caminar un poco, y se ofreció para mostrarme la ciudad. Pensé que una propuesta de ese tipo no me pondría en una situación de riesgo y le respondí que tardaría dos horas en visitar las muestras.

Salí a las 6:40, diez minutos después de lo acordado. Aunque sabía que para los alemanes la impuntualidad es una descortesía, este hombre no era propiamente uno de ellos, así que no tenía por qué ofenderse y, además, quería hacerme esperar, como decía mi abuela que había que hacer con los hombres. Me sorprendió comprobar que se había cambiado de ropa. Se veía como si hubiera tomado un baño, y una barba incipiente, como de quien no se ha afeitado deliberadamente en los últimos dos días, lo hacía atractivo. Me mostró cuánto habían penetrado en él las costumbres locales cuando me hizo caer en cuenta de que yo estaba diez minutos tarde. Balbuceé, cosa que había estado intentando dejar de hacer.

A su lado, volví a pasar por donde el mendigo había caído en raptó místico y me pareció reconocer tiradas las aceitunas y el pan que le había convidado: una decepción, de la que me sacó la alegría de poder sostener una conversación en otro idioma, si bien una voz interior me decía que seguramente él entendía todo porque era medio turco y debía de hablar un mal alemán, como yo. Después de tal vez media hora de pasear, admirar los árboles y, otra vez, la fuente de ángeles niños que escupen u orinan agua limpiísima, y los edificios magníficos, nos preguntamos los nombres. El suyo me pareció complicado, pero esta vez me esforcé,

exactamente al revés de lo que había hecho con la rusa. Es verdad que hasta ahora no sé si entendí bien lo que me dijo: “Shefket”. Tal vez yo lo pronunciaba mal, porque él sonreía un poco.

No nos referimos a nuestro estado civil, y eso fue lo que me hizo sentir que algo estaba fuera de orden. No nos preguntamos si teníamos hijos, aunque habría sido lo lógico, ni mencionamos nada que tuviera que ver con edad, parejas y familias; en cambio, supe que él trabajaba en el primoroso mercado cubierto y que, además, practicaba gimnasia olímpica y judo. Me mostró una foto en el celular, de él haciendo acrobacias en un caballete. Le conté que trabajaba como profesora a tiempo parcial en una organización de intercambios estudiantiles y que esa era la primera vez que acompañaba a un grupo al exterior.

Se ofreció para esa misma noche llevarme en su auto a la casa de mi familia anfitriona, pero yo le hice saber que no pensaba subir en el coche de un desconocido. Insistí mucho con una idea salvadora para mí misma: yo no lo conocía. Desde luego que él no insistiría mientras yo no quisiera, acotó; y allí donde yo repetía lo de “desconocido”, él volvía con aquello de que me respetaba mucho. Poco antes de despedirnos con un fuerte estrechón de manos, señal inequívoca de lo más clásico de los modales germanos, intercambiamos nuestros números de teléfonos móviles y me dijo algo que solamente después, cuando iba en el tren, pude traducir y comprender: *“Du gefällst mir”*, que según me habían explicado, implicaba un gusto superficial, de la carne y la piel. Nada profundo ni filosófico.

Eufórica y hambrienta, saludé con Andrea, la que me hospedaba, que cosía un vestido para su hija, a la moda del siglo XIX, con vuelos y golas y una falda ancha y muy larga, con una tira para amarrar en la cintura.

Así habían hecho su hogar los Ulrich: no había TV, los niños no podían usar el computador (ni yo) a menos que Hauk ingresara con una clave, no sabían nada de juegos en línea ni teléfonos celulares. Pertenecían a una

iglesia con sus propios símbolos y ritos, como el del bautismo en aguas del lago cercano al minúsculo pueblo, o las ceremonias dominicales en las que era frecuente ver vídeos sobre Israel y los judíos. En esa familia se comía el pan que Andrea preparaba, unos sólidos moldes de harina integral y semillas, untado con mermeladas caseras. Habían tenido el buen gusto de guardar pasta y ensalada para mí, aderezadas con abundante crema agria y condimentos. Ya sabía los efectos devastadores de la gastronomía alemana en mi estómago simple, como había ocurrido desde el día en que llegué, pero di buena cuenta de todo. La expectativa me abrió el apetito. Cuando le conté a Andrea parte de mi encuentro con Shefket, me dijo que ella había conocido a gente amable entre los turcos, pero al final me miró raro, y yo me pregunté qué estaría pensando sobre mí.

Desde luego que también había estado preguntándome qué pensarían de mí mis propios hijos, pero no había querido sufrir demasiado por amores fracasados ni por fallas morales, sino prepararme para la fiesta de integración.

Katarina y su hermana me saludaron efusivamente, pero yo debí haberles parecido errática, y es que las asociaba con mi encuentro y devaneos con un flamante desconocido, Shefket, a quien le había dicho que tal vez y solo tal vez podría volver a Stuttgart para que viéramos juntos uno de los partidos del Mundial, y aunque aún faltaban unos días, estaba ilusionada, aguardando su llamada. No comprendía lo que me estaba ocurriendo, me desconocía a mí misma en ese alborozo y esa ansia.

Para esa fiesta, me había vestido con esmero, y recibí los cumplidos que sabía que llegarían. Lo que no esperaba era que uno de los voluntarios de la organización, el más gordo y viejo de todos, me agarrara tan fuertemente de la muñeca, luego del brazo y luego de la mano para llevarme al bar por una cerveza. Mientras las horas transcurrían era peor, porque él se iba entonando más con las cervezas y su libido crecía en la misma proporción. Me mandaba besos volados, decía que siempre le habían gustado las morenas (¿yo, morena?) y muchas otras cosas que nunca había escuchado antes en alemán. Nuevamente, fue la hermana

de Katarina la que me salvó. Otra vez, la escuché decir “idiota” pero en un tono fraternal y casi respetuoso. Reconvenía a su superior para que ya no se comportara como un idiota conmigo.

A las once de la noche, Hannah, la directora del programa, me alertó de una situación, en sus palabras “en extremo delicada y riesgosa”. Había descubierto que Katarina había bailado la última media hora con uno de los nuestros, y por lo que había podido apreciar, cada vez el movimiento de sus cuerpos era más pausado y sensual. El involucrado bordeaba los diecisiete, y Katarina, por lo que nos había contado, tenía veintiséis. Me hizo ver, además, que la hermana de Katarina, cuyo nombre no me había dado la gana de aprender, estaba tomada de la mano de Nicolás, uno de nuestros más prometedores pupilos. Me les acerqué con ímpetu, y la muchacha me sonrió, como si entre las dos hubiera existido una alianza, al tiempo de hacerme notar que Peter, el viejo gordo, dormía despatarrado en una silla. Me sonrió y preguntó si me sentía más relajada. Le agradecí con la mirada.

“Solo son un chico y una chica bailando”, traté de explicarle a Hannah cuando me le acerqué, pero ella me reprochó la ingenuidad, apuntó que yo no sabía lo que era “el alma rusa”, y remató con que no era normal que dos mujeres hechas y derechas “se alzarán” con jovencitos. Se alteró aún más por la novedad de la que acababa de darse cuenta: Alfredo y Katarina ya no estaban en el salón.

Justo en ese momento me di cuenta de que titilaba un mensaje de Shefket y mi corazón latió con una fuerza brutal, pero tenía que disimular, así que decidí secundar a Hannah en su delirio de disciplina. A la final, las dos éramos las responsables de la vida y la integridad física y emocional de los nuestros. Aunque mantenía mis reparos con el proceder sugerido -me parecía horrible eso de salir con linternas en búsqueda de los fugitivos-, no dije nada en contra.

Ella se me adelantó hacia los jardines; al seguirla, vislumbré dos sombras en el corredor, y me acerqué con tino, pensando en que tal vez se trataría de los recientes enamorados, pero me equivoqué: sí era ella, pero el otro era Peter, recuperado de la borrachera de hacía un momento, pero bastante menos bonachón que al comienzo de la noche. La tenía contra la pared y había metido su gruesa pierna entre las delgadas de ella, de modo que se podía ver la gorda rodilla de hombre presionando

las extremidades de la chica. Peter hablaba un alemán claro y sonoro, con todas las “r” y fácil entender. Le decía que no olvidara ni por un momento que le debía a él el trabajo, que no le gustaba que lo trataran de idiota delante de la mujer de Sudamérica, y que si quería conservar su empleo, debía callarse la boca. Ella tenía los ojos bajos. Peter remató tomando su quijada con fuerza al tiempo que le preguntaba si había entendido. Cuando volteó la mirada y me descubrió, apenas se inmutó.

Me preguntó si yo también había comprendido, apelando al respetuoso “Frau Segura”, y se fue.

Llegué al jardín sintiéndome humillada y ofendida, y tal vez por eso me pareció ridículo que Hannah estuviera con una mano en la cintura y en la otra un índice amenazador delante de Katarina y Alfredo. La rusa se había sentado en una banca y él estaba recostado de modo que su cabeza reposaba en el regazo de ella. Inmediatamente, vino a mí el recuerdo de un paseo a una ciudad con jardines espectaculares. Mi hijo se había echado y había puesto su cabeza en mis faldas. En ese entonces, sus quince años se rendían ante mis caricias en el pelo y la frente... hasta que llegó una policía municipal para advertirnos que en aquel parque esas “posturas” estaban prohibidas. Con las diferencias del caso, aquí se imponía la misma censura y el mismo sentido de castigo.

Todos discutían a gritos. Había llegado la hermana de Katarina, muy pálida, así como Nicolás, que trataba de consolarla, pero solo podía hacer pucheros. Alfredo mostraba a gritos su buen desempeño en alemán, y pude entender cuando le reclamó a Hannah por su “mente sucia y por no entender nada”. Me pareció paradójico que Peter nos hubiera preguntado a su subalterna y a mí si habíamos entendido y que también, pero en otro sentido, nuestro alumno se refiriera a la incapacidad para comprender. Mi celular volvió a vibrar en el bolsillo. Se trataba del segundo mensaje de Shefket en la misma noche.

Mi colega les reprochaba a las hermanas que no estaba bien andar provocando a unos jóvenes, y ellas le contestaron que lo inadecuado era, justamente, que la profesora llevara siempre vestidos tan escotados.

Hannah me miró implorante y rabiosa buscando mi apoyo, así que actué lo más diplomáticamente que pude para aplacar los ánimos sin dejar de reprender a los alumnos y de poner en duda, con mucha delicadeza, “la actitud de las chicas rusas”. Cuando se dirigían hacia el autobús que las aguardaba, la hermana de Katarina me dijo en voz muy baja, para que pudiera escucharla, que yo también era una idiota. Fue la tercera vez que la escuché pronunciar la palabra, y tuve que admitir que siempre le había asistido la razón al usarla.

No volvimos a verlas. Peter retornó a su actitud correcta cuando los grupos de intercambio coincidían en alguna actividad. Sin cervezas, era un sujeto apático, correcto, práctico: un hipócrita profesional.

La curiosidad ilimitada frente al mundo europeo y la avidez por conocerlo y recorrerlo todo contribuyeron a que nuestros alumnos se olvidaran rápidamente de las rusas. Cuando recordaba el incidente, Hannah, casada con un compatriota mío y quien había dejado Alemania veinte años atrás, se refería a la existencia de parias y muertos de hambre “también en Europa”, dispuestos a lo que fuere con tal de obtener trabajo. “¿Qué crees que no harían las rusas por un empleo?”, me decía. Nunca le conté la escena en la que el gigante Peter mostró cuánta razón tenía.

Con Shefket habíamos quedado en vernos el día del encuentro entre Alemania y Argentina, y ese día resultó uno de los más calurosos del verano. Cuando ingresé al tren, sentí que entraba en un horno.

Cuarenta minutos después, mis ojos y mi vientre sintieron un fuerte remezón al verlo llegar. Nuestra ropa, nuestro modo de caminar y un cierto desenfado inexplicable parecían proclamar a los cuatro vientos que los dos, pero sobre todo yo, aún éramos jóvenes. Mi exmarido, con el que estuve casada hasta que todo estalló, siempre vestía trajes y corbata, y durante el último tiempo había encanecido. A ratos era como si los diez años que él me llevaba se hubieran repartido entre los dos.

Shefket me condujo hacia el café bar donde veríamos el partido y, al hacerlo, tuvo gestos como decir mi nombre a propósito de todo o

poner su mano en mi espalda para que cruzáramos la calle. En mitad de un encuentro pésimo para la Argentina y no tan malo para Alemania, mi acompañante salió para entregarle dinero a un amigo suyo y recoger un auto, por lo que entendí. El tiempo que me dejó sola lo ocupé pensando en acusarlo de descortés, mafioso, casado, gigoló o terrorista, pero volvió antes de que yo acabara de decidirme. Cuando se sentó frente a mí, noté un poquito de sudor en su rostro, que a toda velocidad se estaba convirtiendo en un rostro querido, y sentí el impulso de secarlo con el pañuelo que cargaba en mi bolso. Estuve a punto de tocarlo, pero estremecida me contuve.

Le saqué una foto para la que posó con una mirada que me había cegado.

Argentina perdió. Los tipos del bar tampoco estaban demasiado entusiasmados con el equipo local. Pagamos a mitades la cuenta, como si fuéramos alemanes, y salimos. Shefket me explicó que la única manera de ir hacia el castillo era en su auto. Para ese momento, todavía me causaba desasosiego estar trabando algo raro con un auténtico extraño, pero acepté. Fue explicándome que le gustaban todos los géneros de música, cultivaba deportes, no bebía alcohol, estaba solo desde hacía tiempo, tenía una hermana de mi edad, (ya sabíamos que le llevaba cinco años), dos sobrinas, una madre, y un padre muerto hace años. Estudiaba no sé qué en algún instituto y no practicaba ninguna religión, aunque toda su familia era musulmana.

“¿Tan perfecto?”, inquirí, y él rio.

Me hizo ver que en la mochila cargaba dos botellas de agua y dos manzanas, y yo pensé que nos veíamos como una pareja. Deambulamos por los alrededores del palacio largo rato, recorrimos los senderos llenos de tulipanes, rosas y olor a lavanda, subimos y bajamos por los alrededores, e iba explicándome tanto como yo podía entender. Hice fotos del castillo y de los jardines, luminosos, aunque ya había caído la clara noche, y me quedé abstraída algunos minutos, contemplando un carrusel en el que estaban montados varios niños, rodeado de mesas, kioscos y techos coloridos. Desde un árbol cayeron las semillas de algunas flores, y fue cuando él acercó sus manos y me quitó los diminutos pétalos que estaban sobre mis mejillas, con un gesto tan íntimo, que sufrí un nuevo estremecimiento.

“

Pero ya iba siendo
hora de volver.

”

Me condujo hacia el sector menos transitado, su favorito cuando necesitaba aislarse del mundo, según me explicó en una treta. En un recodo, cruzó mi hombro con su brazo y me preguntó: “¿Cansada?”. Contesté que sí sin saber que esa pregunta y esa respuesta irían a activar resortes ocultos, pues al instante estábamos besándonos y abrazándonos. Besándonos y abrazándonos.

Al caminar, tropezamos una vez y otra. Volvía a abrazarme y quería besarme otra vez. Ponía sus labios que quemaban en los míos, en mis brazos desnudos, el pelo, el cuello, las orejas. Yo me había olvidado de lo que era capaz sobre un hombre y de lo que un hombre podía desatar en mí. Este, a mi lado, tenía la mirada de borracho.

-Paremos, le dije- Necesito sentarme un momento y fumar un cigarrillo.

Eso lo divertió, pero no lo distrajo demasiado de lo que consideraba su cometido: más besos, más caricias, más abrazos.

- Me vuelves loco. Me gustas mucho. Quédate conmigo. Quédate-me decía.

Con el Marlboro blanco recuperé la lucidez, así que le pedí que me llevara de vuelta a la ciudad, donde debía tomar el tren y luego el autobús de regreso. Eran casi las diez de la noche.

Subimos a su pequeño coche, en el que descubrí las manchitas que dejan los pájaros en el parabrisas. Por un instante, me pregunté sobre lo irresponsable que resultaba estar a solas con un hombre del que no sabía ni el apellido en una carretera a miles de kilómetros de mi pequeño país. Tan lejos de todo lo conocido.

Minutos antes, yo había empezado a hablar sin tregua sobre horarios, estaciones, trenes, andenes, y cuando él me explicaba algo, yo repetía convertida en una tonta: “No entiendo nada”, “No te entiendo”, mientras él se burlaba un poco de mí, pero con una risa inofensiva. Tal vez sintió mis temores, porque con el dorso de su mano me rozó la cara y dijo: “No tengas miedo”, “El miedo es horrible”.

Ya en la estación, se encargó de verificar dos veces que ese fuera el tren correcto y que yo sí alcanzaría a tomar el penúltimo autobús hasta Aspach-Rietenau, donde quedaba mi casa de acogida. Me dijo que si algo fallaba, le avisara de inmediato.

Mientras esperábamos que transcurrieran esos últimos cinco minutos de la pareja feliz que fuimos, me hizo propuestas como pasar juntos un fin de semana en el departamento que le prestaría un amigo suyo, que lo visitara en la casa familiar el próximo viernes, que volviéramos a encontrarnos, que fuéramos a la ópera, que lo viera entrenando o pasara por el mercado, "el más bonito de la ciudad", que cenáramos lo que su madre preparara para mí, que me presentaría a sus sobrinas y hermana. Objeté con razones que consideraba de peso, como el pudor, los años de diferencia, la alta probabilidad de que un encuentro entre dos desconocidos no resultara.

Casi me convence Shefket de una recaída en sus brazos al decir que me veía preciosa, que los dos no éramos más que dos guapos hombre y mujer que tal vez no tendrían una segunda oportunidad, y que no importaba ni el país ni la edad ni la religión ni el idioma.

Cuando el tren se detuvo y todas las puertas se abrieron, Shefket se me acercó. Me besó en la mejilla derecha, en la frente, en la otra mejilla y en la boca. Con su lengua, se detuvo un largo rato en la parte más tierna y honda de los labios.

Subí.

Lo vi desde la ventanilla.

Hizo un gesto que quería decir que me llamaría y otro de despedida con su hermosa mano. Miré mi cara reflejada en la ventana, pero no pude descifrar todo lo que me decía. La trenza estaba casi deshecha y descubrí en mi hombro el olor dulzón de Shefket, a quien, por un miedo incalculable, no quise volver a ver.

El móvil secreto del viaje, para cuya consecución tuve que hacer varias concesiones a mis jefes, había sido la posibilidad de un reencuentro con un alemán, el gran amor de mi vida, el hombre por el que había tomado la decisión de divorciarme y quien se había regresado a su país un año atrás, después de nuestra temporada larga como amantes

Tres veces compartimos unas horas, en medio del mayor de los sigilos, en un café de Heidelberg. En sus ojos, volví a atisbar una chispa de alegría, opacada por tics nerviosos. Sonrió con un dejo triste cuando le mostré la foto de Shefket, diciéndole que lo había conocido de casualidad y que nos había hecho una guía por la ciudad.

Durante la jornada de un día ardiente del verano, un auténtico desconocido había cumplido el papel apasionado que le habría correspondido ejecutar a Franz. Le había faltado profundidad y era demasiado joven y simple para mí, pero me dio algo parecido a lo que yo había ido a buscar.



Sensación de cuerpo extraño

Santiago Toral Reyes

Era la décima consulta del día, pero el entusiasmo de viernes por la tarde era capaz de paliar el cansancio de la semana. No era fácil atender pacientes en una habitación interior de cuatro metros cuadrados. El único contacto de Aída con el mundo, durante ocho horas, eran sus propios pacientes, a algunos de los cuales podía identificar con tan solo mirarlos los ojos. Sabía de sus conjuntivitis, glaucomas, cataratas, úlceras en la córnea. A sus cuarenta años podía diagnosticar 'al ojo', aunque había que seguir el protocolo médico. Elaborar la historia clínica del paciente si era su primera vez en el centro de salud, escuchar las molestias oculares que presentaba, realizar preguntas para descartar una dolencia de otra, trasladarlo a la unidad oftalmológica para examinar sus ojos. Aunque era tentador caer en una rutina, Aída se esforzaba por sentir a cada paciente como un ser especial. Durante esos veinte minutos de consulta, olvidaba su matrimonio fallido de hacía diez años, al hijo que entraba a la adolescencia y a la madre que se perdía en las telarañas del Alzheimer. Más que nunca necesitaba ese trabajo en aquel centro de salud privado que le garantizaba un buen flujo de pacientes. La tranquilidad económica, luego de años como oftalmóloga independiente, finalmente había llegado.

El décimo paciente del día tardó unos minutos en llegar. Aída esperó al pie de su consultorio con la calma que le daba el saber que restaban solo dos pacientes más. Aprovechó para mandar un mensaje a la enfermera que cuidaba de su madre para saber novedades. Mientras respondía, entre los pacientes y médicos que circulaban por los pasillos, apareció finalmente Danilo Contreras. Tuvo la cautela de acercarse despacio, un poco cabizbajo por la demora de cinco minutos y también por la vergüenza que le producía exhibir sus ojos hinchados. Había querido ponerse gafas oscuras para sentirse menos infeccioso, pero las había olvidado en el taxi. Aída sintió su presencia y lo invitó a pasar. Era un nuevo paciente y no pudo ver sus ojos de entrada, sólo una cabellera castaña despeinada



que caía hasta sus hombros. Aída cerró la puerta y como le suele pasar con la primera consulta, intentó ocultar su tensión con un aire serio y quizás demasiado correcto.

Danilo tenía 30 años y trabajaba como fotógrafo independiente. Desde hacía unos cinco días sentía una molestia en los dos ojos. Primero había comenzado con un leve ardor en el ojo izquierdo y al día siguiente, al despertarse, se dio cuenta de que lagrimeaba en exceso. Siguió con su trabajo regular detrás de la cámara en una sesión fotográfica en exteriores, cenó con unos amigos en Urdesa y al otro día se levantó alarmado sintiendo sus dos ojos en llamas. Se miró al espejo y se encontró con los párpados hinchados y los ojos ligeramente rojos. No le había dado mucha importancia al asunto debido a que con el paso de las horas, los párpados volvieron a la normalidad y aunque sentía un leve ardor, la conjuntiva de los ojos seguía blanca. Terminó una sesión de fotos con una animadora de televisión y ya por la noche, según le contó, antes de dormir se sintió invadido por tierra detrás de los ojos. Sensación de cuerpo extraño, dijo Aída casi en un susurro, mientras anotaba lo que consideraba relevante en una hoja en blanco. A Danilo le llamó la atención la descripción de la sensación de tierra y siguió relatando que se puso un colirio que tenía en casa pero no mejoró el panorama. Al otro día, con los ojos rosados concluyó que debía tener conjuntivitis.

Aída guardó silencio como si esperara que Danilo dijera algo más sobre sus síntomas. Él no agregó nada más para que ella diera el siguiente paso dentro del diagnóstico. Alzó la mirada, incómodo. Aída se asustó al ver sus ojos inyectados de sangre. La conjuntiva colorada no permitía distinguir las venitas porque todo se extendía como una alfombra roja de fluidos. Pero más que el susto de la conjuntivitis colonizando los ojos, fijó su mirada en los iris turquesas, impolutos, cristalinos que contrastaban con el mar rojo donde navegaban los adenovirus. Hubiera podido quedarse contemplando la yuxtaposición del turquesa y el rojo dentro de ese cuadro impresionista.

[Nunca había visto una conjuntivitis tan hermosa.]

Danilo le pareció guapo, pero más que eso sentía una atracción hacia los ojos, como si los adenovirus hubieran hecho una obra de arte dentro de esas estructuras almendradas. Quiso ver el lienzo de más cerca, por lo que le pidió que se sentara en la unidad oftalmológica (lo que los pacientes llaman vulgarmente la máquina para examinar los ojos) y agarró un colirio anestésico. Mire para arriba, le dijo ella. Una gota en cada ojo acompañada de un leve parpadeo automático. A los pocos segundos Danilo sintió alivio acompañado de una ligera pesadez. Aída atrajo hacia él la lámpara de hendidura, en la que tenía que colocar su mentón y frente para que su rostro quedara uniforme y encajado. Aída sacó de la unidad oftalmológica una especie de brazo con binoculares desde donde podía observar los ojos de Danilo. Aunque la luz era molesta, los ojos anestesiados no evidenciaban reacción. Estaban ahí listos para ser observados. Aída se mantuvo en silencio, miró un ojo cada vez. Tanta era la inflamación que no pudo determinar si en efecto se trataba de una conjuntivitis por adenovirus, aunque su intuición profesional le indicaba que eso era. Se tomó unos segundos de más para observar cada iris. El turquesa de los ojos, ahora visto más de cerca, se descomponía hacia el interior en una tonalidad amarillenta mientras que la intensidad verdosa iba en aumento a medida que se separaba más de la pupila. Pudo constatar además que el ojo derecho era de un turquesa un poquito más brillante que el izquierdo, pero eso pasaría inadvertido a simple vista. De buena gana le habría tomado una foto a cada ojo, habría alegado que era necesario para llevar un registro, para ver la evolución en la siguiente cita. Danilo no sospecharía nada raro en que fotografiara sus ojos. Sin embargo, Aída se contuvo, se creía capaz de capturar esos ojos en su propia retina. Prefirió entonces alcoholizar, a modo de desinfectante, la lámpara de hendidura y sus manos.

De vuelta al escritorio, Aída realizó su prescripción. Es conjuntivitis en fase dura, necesitas descansar, ¿estás en relación de dependencia? ¿necesitas un certificado? Aída se sorprendió por haberlo tuteado, cosa que no hacía con ningún paciente. No, contestó él, con una voz pequeña, como si de repente se sintiera culpable por ser un freelancer. Aída regresó su mirada al monitor mientras tecleaba con fuerza los medicamentos que debía colocarse Danilo en los ojos. Una gota de Tobramicina cada cuatro horas por diez días en ambos ojos, una gota de fluorometolona cada ocho

horas por quince días en ambos ojos y una gota olopatadina de 0,2% cada ocho horas por quince días. Aída imprimió la orden y Danilo la leyó rápidamente tratando de entender esos nombres químicos cercanos al sánscrito. De inmediato Aída le describió cada uno de los medicamentos y para evitar una confusión en las combinaciones de horas, le escribió detrás de la receta las horas exactas a las que debía ponerse cada gota. Danilo sonrió agradecido, sus ojos se achinaron levemente. El turquesa se redujo, se le aguaron los ojos por el esfuerzo de la sonrisa y aunque tuvo la tentación de pasarse un dedo por los párpados para desbordar los lacrimales, decidió no hacerlo. Seguramente Aída no aprobaría esa indelicadeza y le daría una reprimenda por restregarse los ojos con unas manos que han tocado tantas cosas a lo largo del día. Antes de irse, a modo de curiosidad, Danilo le preguntó por qué le había caído dicha virosis, si no había estado cerca de alguien con conjuntivitis. Es la estación, sentenció la doctora. Época de lluvias, mosquitos, proliferan más los virus, aunque no haya epidemia por el momento, es típico de estos meses. Danilo pareció quedar satisfecho con la respuesta. Guayaquil de diciembre a abril es un sauna en el que llueve casi todos los días pero nunca se logra bajar la sensación de calor. Es la época de las gripes, del dengue, de los grillos, del olor a tierra mojada y de los cerros verdes en high definition. Danilo prefería la estación menos calurosa, la época de mayo a noviembre que en Guayaquil paradójicamente llamaban verano y en la que por las noches, con unos bajísimos veintidós grados, podía improvisar una Nueva York tropical poniéndose pullover y bufanda.

Aída le recomendó que descansara, que cerrara los ojos para que los medicamentos surtieran efecto más rápido. Danilo la escuchaba con evidente placer. A pesar del malestar, se fijó que Aída era una mujer atractiva. Debía tener con seguridad algún ancestro indígena que se evidenciaba en su largo pelo negro liso y en sus pómulos amplios. Algo de ella le recordó a la actriz brasileña Glória Pires, a quien había visto tantas veces en las telenovelas que pasaba Ecuavisa. Solo en ese momento se dio cuenta de que le gustaba Glória Pires y que también le gustaba Aída.

Aída habría seguido hablando de la conjuntivitis por adenovirus, del clima guayaquileño, de los pormenores de un buen reposo pero tenía a su undécimo paciente esperándola afuera. Le extendió su mano a Danilo y le dijo, mientras volvía a contemplar sus iris turquesas, que lo esperaba dentro de dos semanas.

Cuando Danilo regresó a la consulta, la conjuntiva había recuperado su blancura y había poca presencia de papilas en la parte baja detrás de los párpados, según notaba Aída. Danilo se veía entusiasmado, había hecho fotos para dos matrimonios, volvía a confiar en sus ojos pues ya la luz de la pantalla para editar no le molestaba. A Aída le causó gracia la mirada de Danilo, ahora más juguetona, más infantil que en la primera consulta, pero había perdido ese contraste rojo/turquesa del que ella no pudo desprenderse durante esas dos semanas. De hecho, había contado los días de la última semana y entraba al sistema a consultar si Danilo Contreras había confirmado la nueva cita. Cuando lo hizo, Aída organizó todo para no ser interrumpida por un paciente posterior. Pidió permiso para ausentarse ese día luego de la consulta, para que de esa manera no hubiera ningún turno después. Ahora sus ojos estaban más brillantes como resultado del conjunto de colirios, pero al desaparecer el rojo de la conjuntiva sus iris turquesas eran un color más común, más humano. Se sintió un poco defraudada, de modo que luego de observarlo con la lámpara de hendidura, le prescribió dos colirios nuevos de uso delicado.

Dos colirios que garantizarían, de ser posible, una hemorragia ocular.

El trabajo de los colirios sería progresivo, casi imperceptible. Todo empezaría con un lagrimeo constante, una urgencia por llevarse las manos a los ojos, una ligera picazón que terminaría enrojeciendo e hinchando la conjuntiva. Todo debía suceder en dos días como máximo, así que Danilo desesperado y angustiado, sacaría una nueva cita con ella y él con los ojos inyectados de sangre regresaría, como un niño perdido en busca de calor, de un abrazo, de una mirada.

Aunque en ese momento Danilo no le inspiraba el mismo entusiasmo de antes, Aída encontraba en sus ojos turquesas un oasis frente a los días pesados que llevaba. Su madre había tenido episodios de violencia con la enfermera, su expareja estaba por contraer matrimonio el mes

siguiente y había descubierto marihuana en la mochila de su hijo. Solo los ojos turquesas enrojecidos lograban centrarla. Pensar en esos ojos que la miraban con una rara mezcla de súplica y alegría, le hacían creer que pese a todo, valía la pena tener a Danilo cerca. No podía desaprovechar ahora esa oportunidad de conocerlo más, de saber cómo hacía ese trabajo con las fotos.

Entusiasmado por la curiosidad de la doctora, Danilo le mostró algunas fotos de su portafolio desde su celular. A Aída le gustó ver los retratos y paisajes que fotografiaba Danilo. Miró las fotos con detenimiento y por un momento, se sintió culpable por lo que iba a hacer. Danilo la contempló unos segundos y si no hubiera sido por el escritorio que los separaba, la habría besado con fuerza. Le habría dado un beso de telenovela muy digno de Glória Pires, aunque sin bossa nova de banda sonora. Aída sostuvo su mirada, se adentró en los ojos de Danilo, sintió el deseo primitivo de esos ojos que la desnudaban en la imaginación. Se asustó, pensó en su madre, pensó en su hijo. Se recriminó por cobarde. Lo verás de nuevo, pensó, tranquila.

Tres días después llegó Danilo a la consulta. No había separado turno porque decidió, mientras estaba cubriendo un evento, que debía ir directamente al consultorio por el retroceso del tratamiento. Esperó una media hora rogando que no llegara ningún otro paciente. Repasó mentalmente sus últimos días tratando de encontrar una explicación lógica para el regreso de la conjuntivitis. Se recriminó porque un día demoró media hora en aplicarse uno de los colirios. Pensó que seguramente se había restregado los ojos con las manos y estas infectaron el ojo. Había tratado de no pensar en la involución del tratamiento y siguió aceptando trabajos de fotografía. Era cada vez más difícil mirar por el visor, calcular el diafragma, la obturación. Su carácter se había vuelto irritable. Su asistente, un joven estudiante de fotografía, cargó con insultos sin entender bien

qué sucedía. Se lo atribuyó a que la conjuntivitis de su jefe no se había ido del todo, pero no se atrevió a hacerle ningún comentario.

Durante esos días Danilo se miraba compulsivamente frente al espejo. Quería controlar de cerca el avance —o más bien el retroceso— de sus ojos. Cuando se encontraba en la calle o en alguna sesión, activaba la cámara de su celular en modo selfie y se tomaba una foto para mirar qué tan rosácea estaba la conjuntiva. Su desesperación la tragaba en silencio. Habría querido tener el número personal de Aída para llamarla y contarle lo angustiado que estaba. El sueño también se había visto afectado. Se despertaba a mitad de la noche con los párpados inflamados y los ojos pegados supurando una baba amarillenta. La única solución era volver a ponerse los nuevos colirios, mientras repetía mentalmente que esos medicamentos iban a matar esos bichos, que debía tener fe, mantenerse positivo.

Al llegar al centro de salud, Danilo se había puesto gafas oscuras, avergonzado por los ojos llorosos y adoloridos. No quería infundir pena ni miedo y las gafas además le daban un cierto aire sofisticado. Atlético, de pelos revueltos, barbita cuidada, con pantalón entallado, camiseta estampada con gafas era una imagen muy hípster, bastante lejana de la conjuntivitis hemorrágica.

Danilo paga la consulta en caja y entra sin ser anunciado en el consultorio de Aída. Ella se pone de pie sin saber bien por qué. Se da cuenta de que tienen casi la misma altura, al menos en ese momento mientras tiene puestos los zapatos de tacón. Antes de pronunciar alguna palabra, Danilo casi con rabia se saca las gafas y le muestra sus ojos como un trofeo. Aída quiere sonreír pero se contiene. Sus iris turquesas son dos esferas perfectas que flotan en un cosmos enrojecido. De pronto tiene sentido para ella cuando los astrónomos hablan de “cuerpos celestes”. Una galaxia entera vive en los ojos de Danilo. Puede darse cuenta de las pequeñas venitas inflamadas que flotan con nostalgia sobre la conjuntiva rosada. Al mirar cada detalle de los ojos, se da cuenta de que Danilo quiere llorar y no como reacción química (aunque también), sino por el

terror de nunca volver a tener sus ojos de antes. Danilo siente que vivirá para siempre con esa arenilla circulando por sus ojos, con ese cuerpo extraño penetrando su mirada.

Aída agarra su colirio anestésico, le pide que se siente, ve las gotas entrando en contacto con las lágrimas retenidas en los iris turquesas, el parpadeo automático, la cara encajada sobre la lámpara de hendidura, la luz en los ojos, la pupila dilatada, los adenovirus flotando, las manos de Danilo hechas puño. Aída sonríe detrás de la lámpara, como seguramente Danilo sonríe detrás de la cámara cuando retrata a una modelo. Sabe que ese espectáculo tiene corta vida, así como las estrellas fugaces, pero también sabe que mientras duran esos instantes se vive una eternidad. Se siente una astronauta ingrávida que busca develar el secreto de esa galaxia ocular. Tiene una visión, un deseo primigenio: retira la lámpara de hendidura y le da un beso en los labios. Su boca se siente cálida, lo que le hace pensar que así como ella, Danilo no ha besado a nadie en mucho tiempo.

POESÍA





Naipes, parcas, cuentos e hilos

Elma Murrugarra

I. Naipes

caballo rey
paje reyna
una flor un As
su cabello tu mirada

paje caballo
reyna rey
un diamante un As
su resuello tu fragancia

rey reyna
caballo paje
el corazón un As
su cuello tus besos

reyna paje
rey caballo
un puñal un As
su sello tu carta

Adivinanza

Por qué este país
 sur
 norte
 oeste
hila
teje
y se enreda

Porque este Perú
 al sur
 sin norte
 ni oeste
hila cobre
teje plata
y en oro se enreda

De Juegos (Magdala Editora, 2002)

II. Parcas

1

Absurda el agua que el lavabo pasa breve
Los cronómetros no miden las estrellas
Asumen su destino las letras silentes

Llamado por mil nombres
Inmortal
Guardián de mi celda
Acosador
De medidas militares
Preciso

El tiempo me consume
Saturno no descansa
tiene hambre
de sus críos



Júpiter y Juno velan
sin lágrimas
el parricidio

Y como un eco
Diremos

Tú y Yo

La vida

Era tan simple

Y no nos dimos cuenta

Sin saber si fueron marionetas o no
Tras el telón
Finalizado el acto
Muy pocos entienden

La función de las parcas

La polilla grave y lírica

Les ha pinchado el iris
traspasando la insoportable tentativa
del ayer que transforma la imagen
pese al hermetismo

Les ha carcomido la piel
dañando la melancólica caligrafía
y los veinte dobleces
de su segundo abandono

Les ha picado
un angosto y cilíndrico camino
como un telescopio al firmamento
por el que otra vez me he involucrado

Sororio

***De la función de las parcas (Fondo Editorial de
la Universidad de San Martín de Porres, 2004)***

Euclides

III. Caral

El trípode aún sostiene el oráculo fotográfico
y tu cuerpo tendido no entiende de muerte
profeta al fin disputas con la tentación
de perderte en el laberinto de los tiempos
en los remolinos de tu lucidez
Dédalo como un ángel
intenta liberarte del sacrificio del cordero
que limpia los pecados de este mundo
y no se apiada de ti
Heracles te arrastra hasta Barrios Altos
y te sientes parte y todo de una memoria
que no te pertenece
solo
huérfano de calor tus venas te abrazan frías

El corazón de la diosa ha sido cazado
sangre y mujer ahora
qué terrible conjuro la doblega
quién es aquel que lo invoca
dócil y cautiva
ha olvidado la aljaba en el lecho
y ha abandonado
sin pensar en la gravedad de tal acto
su divinidad en la alcoba
unida a quien la idolatra
no concibe la tristeza
Miraflores es el cielo que la luna bendice
sin embargo con el estío
agotado el cáliz de la eterna alianza
mortal como el amor es su desengaño

*De Al sur en Caral (Proyecto Literal, México,
2006)*

IV. Cuentos

00:14 a.m.

Las tres hilanderas

En idioma de lino se da la suerte
 Puente tramado por las moiras
 Delicado es el trabajo de quererse

3:15 a.m.

La bella y la bestia

Asumió una actitud infame
 Negándose reacia a decidir
 Prisionera de sus temores

La bella
 Se transformó en bestia

5:28 a.m.

La bella durmiente

Los cabellos vueltos enredaderas
 cubren la almohada

Las uñas convertidas en pétalos
 rozan la alfombra

Su cuerpo duerme
 las múltiples muertes del suicidio
 con la ilusión que un tierno beso
 a su enmarañado corazón despierte

7:45 a.m.

La sirenita

Rebalsando de cariño

ingenua sirena

nadas

sedienta

hacia el ahogado

10:46 a.m.

Blancanieves

Los pequeños en sus lamentos

La dama blanca en la cama

El caballero ideado en el duelo

Una manzana envenenada

Y el amor muriendo de hambre

01:28 p.m.

El soldadito de plomo

La guerra

lo devolvió sin una pierna

El absurdo

lo atormentó con mil porqués

Anónimo y descompuesto

hoy es parte de este papel

6:43 p.m.

Caperucita roja

La niña roja

segura escoge la canción menos
triste

La niña roja

curiosa elige el sendero más difícil

La niña roja

juega con el lobo sabiéndose libre

De Cuentos de Domingo (Pilpinta Editora, 2009)

Las Piedras

V. Hilos

«No hay un hilo para separarlos»

Emilio Adolfo Westphalen

El agua sigue el canal de la piedra murmulla el frío de la madrugada la mudez de la soledad del muro la insidia del tiempo sobre su cara del patrón celular que obedece pétalos de flores granos de maíz panal tejido en piedras poligonales herméticas ni un hilo las traspasa donde el jaguar duerme el origen de su nombre que es sangre templo de piedra biselada y no sé si hablo de una persona pero ciclópeo el Lanzón de Chavín como una gran aguja insertada aguanta

El Algodón

«Tejo; de haber hilado, héme tejiendo»

César Vallejo

Carda marrón y colorado copo hila blanca y lila hebra ovilla crema y verde madeja en treinta tonos canta el algodón nativo de esta tierra canta números de puntos y lazadas juegos de piruros y agujas apósitos de alguna emergencia una red minuciosa un mar que la atrapa delicada gasa Chancay majestuoso manto Paracas refinada tela Mochica el huso marea al tiempo y en Huaca Prieta azulito canta

«El hilo fascinante de los rumbos inciertos»

Juan Gonzalo Rose

Tan fina y tan frágil protegida por sus comunidades perfumada de heliotropos la vicuña refleja su libertad en su fibra fascinante en ceremonia mística ocho mil años antes una muchachita en Puno tejió su aljaba y afiló sus puntas para cazarla hoy entre rituales y danzas noventa y seis vicuñas se esquilan para confeccionar un traje uno atesora el rey de Inglaterra y el de Marruecos tres pero los de las reinas de Huari son incontables en oro se pesa su noble pelaje

«Y cosía el alba y el ocaso al calor»

Sebastián Salazar Bondy

Todavía puede ver desde su ventana el Morro Solar y los gallinazos sobre la cúpula del colegio Tacna en el nombre del Padre se levanta muy temprano para nunca llegar primera a la fábrica textil en nombre del Hijo remalla la tela hasta tarde para siempre partir última en nombre del Espíritu Santo soporta hasta el cansancio el temblor de la máquina de coser la señal de la cruz no la ha librado de sus enemigos revelado el presagio decide no bautizar a su primogénito desde su ventana puede ver los barcos que desaparecen en el mar los aviones que viajan hacia el norte y las plumas que penden del cielo construyendo torres que propician la ceguera



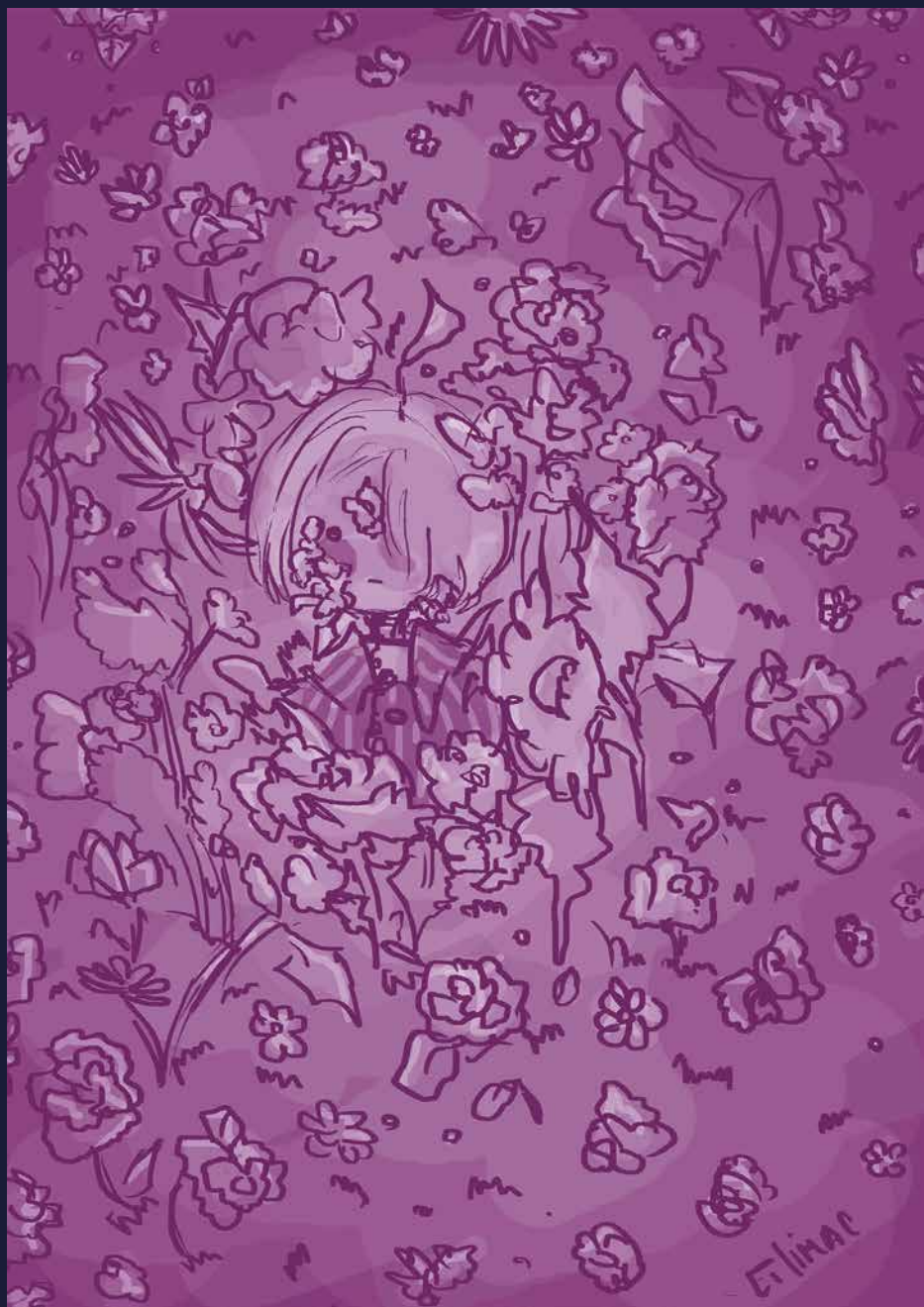
«Como una dalia recién bordada en la pretina»

Enrique Verástegui

El trino del gorrión una frazada ploma un fusil frío el soldado bor-
da sus iniciales punto blasón no debe llorar un golpe otro golpe más
golpes la violencia del cuartel lo torturan lo desalman y ahí el hilo rojo
las iniciales de su frazada el blasón de su fusil un operativo en la selva
una ráfaga de metralla en su espalda y en su bolsillo tres versos el árbol
fue hecho lápiz el lápiz dibujó un pájaro el pájaro voló el soldado vuela
envuelto en el fardo funerario el helicóptero lo lleva su familia lo espera
a las tres de la mañana la lechuza ululó el mal augurio ahora sobre su
techo él observa

*De La memoria hila (Ediciones Copé,
2025)*

NOVELA



Bulevar Manigua (capítulo 3)

Fernando Nieto Cadena

A burujón puñao, a burujón puñao, camina como chévere y sigue la cantaleta de todos los días, como si no hubiera otra canción para despertarme, como si toda la Sonora se encaprichara con el burujón cuñao y dale y dale para resucitarme y otra vez a cantar EN LOS MÁS IMPORTANTES, ógalo bien, EN LOS MÁS IMPORTANTES ESCENARIOS DEL MUNDO y sus alrededores, para que lo sepa, digo, para que lo vaya sabiendo bien, que yo soy el tan mentado y llorado Palomero Hernández, ese, el mismo que lloran y lamentan los del grupo Bronco, pa su mecha, como lo oye, yo soy Palomero Hernández, pare bien las orejas, escuche bien que me vuelvo a morir y se va a quedar sin saber nada. Yo soy Palomero Hernández, el mayor de Los aguiluchos, por si no fuera suficiente, por si no bastara mi nombre y arpegios que lo acompañan.

Sí. La noche cubre ya, por fin, con su negro esplendor los domicilios de la gente decente, de la gente normal que abatida por la televisión, por la desesperanza de nunca recibir la llamada de la rueda de la fortuna, atribulada porque Alondra y su destino fatal la conduce a los laberintos sin dios que no le quita la vida y nada más le cruza caminos con su doble rostro de juez y padrastro, decía, la gente normal ya duerme, ya descansa, ya recupera las energías tras una jornada más de inflación en pleno proceso de colocar sus ilusiones en un más allá que quisiera más cercano, más próximo. Sí. En esta noche clara de inquietos luceros, Palomero Hernández busca su mesa favorita en el rincón de siempre en el cabaret de siempre mientras su vieja de siempre se le acerca con el meneo de siempre y el trago de siempre para que él, Palomero Hernández, se lo chingue al tiempo que sus manos recorren las todavía apetecibles nalgas de la mujer que alguna vez fue la niña de Guatemala, esa, la que dicen que murió de amor. Descubre que la muy puta no se ha puesto chones, que la apretada minifalda se le sube hasta la partida de hocico, digo, de nacimiento mientras el jefe, el eterno anacobero se desgañita con sus dos gardenias para incrementar el calor de un beso. Se le sienta, la mujer no el cantor de la varonía con postgrado en las arduas aulas del billar y la cantina – dixit Luis Rafael Sánchez. Se le sienta

en las piernas arrebatándole un sorbo al trago intenso para mutarlo por otro beso largo como lunes de pascua y sin resurrección. Ojo, la erección es casi inmediata pero él, Palomero Hernández, semental serio y garantizado, dosifica el entusiasmo –para que sepa lo que le espera, simplemente– y juega con los pezones enhiestos que mordisquea mientras los camareros y la dueña del recinto cultural dan vueltas y vueltas sin atreverse a decirle que por favor se moderen, que los inspectores están muy alebrestados, que vayan a chingar a sus muy de sus putas madres sin ofender a las presentes, les contestaría si llegaran a interrumpir su regresión maternofilial en los amplios pechos de La Paloma, nombre feliz de combate de la ya tan aludida suripanta que en otros tiempos también respondió al remoquete de La Venada.

Alma de jarocha que nació morena, boca donde vive la queja doliente, alma de jarocha que nació valiente así ya cambia, así sí nos vamos entendiendo y perdone que le moleste distinguido licenciado si le chingo un tabaco, usted sabe, los tiempos no están para despreciar, aunque sea estos cigarros de tosca, pastosa y pajiza naturaleza. Mire lo que es la vida, en mis tiempos iba a los lupanares con mi pasito tumbao, el de los guapos al caminar, la raza aplaudía de emoción y llegaban a la mesa sin que pidiera, puntuales como a mí me gustan, las dosis justas de güiski y agua mineral, eso, agua mineral que a mí no me hacen pendejo con eso de soda, puta madre, si hace un rato bien largo la soda ya no existe y es sólo el apelativo de los chescos en la zona norteña del norte. Lo que son las cosas, ahora debo aprovecharme de la caballerosidad de un licenciado como usted que tiene el paquete listo para despilfarrar los humos de la tensión en cada fumada. Usted sabe que todos los aquí circundantes y anexos son unos tristes muertos de hambre.

[Alma de su alma, no lo desampares ni de noche ni de día.]

Sobre todo, en las mañanas cuando la cruda se anuncia con la insania de un cobarde y traidor dolor de cabeza. La sienta con las piernas en paréntesis, pecho a pecho y le sube la falda, lo poco que le falta, hasta que se le ve el ombligo y él, Jesús, se abre la bragueta porque él sigue siendo de los clásicos con bragueta de botones. Así lo conocieron las



viejas maestras del fellatio. Y zas, hace un breve esguince y listo, ella empieza a moverse como si cabalgara a galope tendido el más brioso corcel, la mitad lleno de lumbre, la mitad lleno de frío, se retuerce, parece agonizar, se sublima, a punto de desmayo, se sacude tanto y tanto que él, Palomero Hernández, debe decirle saliendo al rescate de la sensatez que no se mueva tanto porque me lo vas a partir y ella, exorcizada hasta el orgasmo sólo alcanza, atina, a responder ahhhgggh como si en ello se le fuera toda, toditita la existencia y se desgaja, pobre pobrecita, expira de placer, disfruta hasta los últimos goteos de la poderosa e incandescente eyaculación del más bragado garañón, él que camina como chévere, él que cuando escupe ya no vuelve a crecer el polvo sobre las macetas ni las hormigas hacen su nidal.

Mala mujer no tiene corazón, mala mujer no tiene corazón. Las cosas que podría contarle si no se me duerme. Oiga, está oyendo de viva voz la verdadera y única historia de Palomero Hernández, aguilucho mayor, subcomandante de hetairas, líder supremo de músicos y tótem omnisciente de todo cuanto dios padre hijo y espíritu santo puso en los clítoris terrenales de la santa madre iglesia orgiástica y cogelona de las mil y mil veces divina salsa. Pero déjeme que le cuente chilango el drama letal de esta historia sin nombre que Palomero Hernández debió cruzar para que en un arrebatado de dolor le compusieran con atingencias de tambora un corrido a imagen y semejanza del potro aquel que diera membrete al grupo Bronco, cada vez más sedosos los cabrones, cada vez más televisientos los güeyes. Una noche hui al rincón donde un beso fue chispa de mi fe. Yo le cantaba, oh gitana mi nocturno de pasión, con ansiedad pertinaz. le grité que le perdonaría porque sólo pienso en ella a todas horas, interrogándola al rondar las esquinas ¿qué le has dado a este pobre corazón que no te olvida? Porque sabe usted, uno siempre termina por encontrarse con la horma de tu zapato. Ella apareció como esa virgen de medianoche que nos salta de imprevisto haciéndonos daño, y eso que uno sabe que es mala hembra que no se merece que la quiera nadie. Quise condenarla a mi desprecio, pero me clavó una daga en mi corazón. Entonces lo dejé todo. Usted lo debe saber mejor, todas las vidas son trágicas como Radionovela Palmolive ¿recuerda? Esto que le cuento es para que escriba la novela de mi vida, ya que no puedo comprarle a la vida cinco centavitos de felicidad. Ahora disculpe, pero debo regresar al infierno de mi soledad. A lo mejor viéndome en el

espejo al tiempo que me río de mí mismo pueda reírme del mundo. Te necesito cuando me encuentro triste, eres fiel compañero de mi soledad, licor, grato licor, eres el dios de mi dolor.

En realidad, tú no conoces la historia de Palomero Hernández. Lo que escribes lo haces únicamente para gatillar el fervor por la palabra, esa que en plena media noche se vuelca sobre el lado izquierdo de tu poco venerable almohada y desde un oscuro e incierto atavismo te rompe el sueño para que empieces el relato de una vida azarosa. Imaginas muchos motivos para ponerte frente a la máquina y teclear con ira y desconsuelo por no haber conocido de verdad a ese Palomero Hernández que en cada disco y en cada presentación lloran Los Bronco como si se tratara del hermano mayor o menor o el mejor amigo, que sí lo fue, y que hubiera disfrutado mucho del baile y del cariño que la gente tiene por el grupo.

Debes imaginar todo. Tu hijo te diría que no inventes si supiera en lo que andas metido sólo para desovillar los antiguos hilos de una vida que nunca te atreviste a concluir. Y a lo mejor no andas muy errado, a lo mejor de tanto escuchar en La Manigua ese disco se te hizo el himno a la soledad y al desencanto, a la resignación y al desengaño. Decides escribir la biografía que la sabes apócrifa y te das vuelo porque así son las empresas del alma, cursis epopeyas testimoniadas por un bolero, una tambora o un tango que en lo mejor de la autoflagelación se descubre inmerso en la orilla de los ignotos piélagos de los que nadie regresa. Y tanta precisión de muerte te conmueve y te hace sospechar si no se tratará de una broma, de un timo contra el dolor de haber sido y la angustia de quizá ya no ser, ya nunca más ser ese *desescriptor* de cotidianidades que enamora a la Luna para tener un nuevo motivo y un nuevo agonizar de soledad. Eso es todo. Ignoras todo. Nada sabes de quién fue Palomero Hernández, sin embargo, escribes de él porque sólo así puedes escribir de ti ¿o no?

En medio de la noche con el viento que silba y la lluvia que azota los cristales. Sabes que repites frases de antiguas películas cuando las tormentas arreciaban sobre la cubierta de barcos bucaneros. Y recuerdas a la señora que mató al chamaco porque le estaba robando mangos

trepado en el árbol. Recuerdas que la gente, enardecida, quería lincharla, debió salir disfrazada de policía y huir de la Isla. Recuerdas los consejos estratégicos de don Luis Ayala para conquistar chamacas y señoras en la parada del camión, la carta que mandó al gobernador reclamándole por el puesto que le daba porque él lo que quería era ser un aviadorazo y no el gerente porque tendrá que trabajar y no es lo mismo que le receten una cachetada a Luis Ayala por sacar a bailar a una vieja y proponerle irse al hotel que se la den al licenciado Luis Ayala, gerente de una paraestatal. Recuerdas cuando sacaban a los putos a barrer las calles y el borrachín que gritaba que él iba por pedo no por maricón. Piensas que la ciudad debe estar desierta. Es el primer ciclón que regresa sobre su recorrido, para el libro Aunque usted no lo crea y lees que el creciente calentamiento de la tierra se debe a la extraña conducta que los astrónomos han detectado en el sol, por lo que afirman que año con año aumentará la temperatura y que se acortará el tiempo de aparición de los huracanes, que se incrementará su número y que los daños serán cada vez más desoladores, que serán más y más destructivos y que nada puede hacerse ante los fenómenos naturales, sólo prepararse y esperar lo peor. Decides terminar con este apocalipsis de la objetividad científica y vas a La Manigua porque quieres una cerveza y comer a la orilla de la laguna mientras el ruido de los grupos musicales te permite dejar de angustiarte por la crisis mundial, nacional, la escasez de valores municipales y todas esas preocupaciones que asumes como tuyas, que te indignan y neurotizan más sin percatarte que tampoco nada puedes hacer. En La Manigua el hijo de Chico Ché canta su éxito, “El corrido del judicial” donde se cuenta la historia de un traficante de mota que debe compartir hierba y ganancias con los aquellos y trata de olvidar el incidente con el PJE a la entrada del puente regresando de Villahermosa, tu reclamo para que no grite a la señora y a la muchacha que se ponen nerviosas y no pueden contestar sus abusivas preguntas, tu respuesta cuando te preguntan qué llevas en la mochila, armas muy peligrosas, le dices quiere verlas y corres el cierre para que vea la última novela de Mempo Giardinelli, Imposible Equilibrio, los dos tomos de Teatro del Oprimido, de Augusto Boal, el CD de Paquito de Rivera y el cassette de *The Grateful Dead*. Le dices que son armas que deben manejarse con mucho cuidado porque pueden provocar horrendas explosiones. El PJE no sabe qué hacer, si partirte la madre o irse, te pregunta que dónde

trabajas, le preguntas que si no sabe leer, que en la identificación que le enseñé dice claramente dónde trabajo y se va con la certeza que debió romperte el hocico. Y recuerdas al tipo de la mesa vecina en la fonda de Don Cheche contando que subieron los judiciales al camión y pidieron una credencial y le preguntaron qué llevaba en ese bote, pintura mi teniente quiere que lo abra, no es necesario, y mira la pintura que traía, una arroba de mota para mercarla esta noche y abajo el fierro guardamano para cortarle de un tajo la sonrisa al primer jijueputa judicial que le quiera meter mano a doña Mari. Y reparte a sus cuates por la buena amistad de haberlo atendido esta tarde, que cuando venda todo lo que trajo se regresa a Tenosique por la ruta más larga, para que su vieja le prepare estas jaibas como sólo ella sabe hacerlo. Y pido más chelas para todos los presentes. Y empieza el ruidero en el salón vecino con unas chamaquitas que hacen algo parecido al *aerobics* en una muy casta y muy mala imitación de *dancetable*. Pides la cuenta porque la hora límite para salir ileso del barrio ha llegado. Son las seis y parece que son las diez de la noche. En el taxi recuerdas como las muchachas salían al parque a dar vueltas al kiosko y los chamacos lo mismo en la otra redondela y cada vez que se cruzaban los adiós y las risas nerviosas hasta que se animaban a preguntarse el nombre, a platicar ellas sentadas en los bancos y ellos parados o con un pie asentado en el filo, cuidando de no ensuciarle el vestido. Lo recuerdas. También los viajes a Campeche y Mérida, doce, dieciséis horas a ritmo de jeep por brechas abiertas en la arena, y los viajes a Palizada en el barco, con su rueda de novela gringa y las salidas a Frontera o a Zapata para visitar a la familia, eran una fiesta esos viajes, los mosquiteros en su inútil defensa de los bichos, los lagartos estáticos en su baño de sol, el chillido de los changos y el escurridizo vuelo de un chombo para ubicar el sitio exacto de una res muerta. Llegas a tu casa. Prendes el equipo y pones de nueva cuenta el doble CD de Bronco y te lanzas otra vez a naufragar con tus recuerdos mientras escribes que la ciudad espera con ansiedad el debut en la isla del grupo que ha revolucionado la música grupera.

Te acuerdas de la tarde lluviosa que despedía el último norte del año. Sentada junto a la ventana para verlo pasar hacia el liceo, con sus cuadernos mal forrados, la camisa empapada y un calor tibio. Te acuerdas que le sonreíste y él te dijo adiós como si fuera el beso que te robó en el parque saliendo de la iglesia de Jesús, cuando se quedaron

en una de las bancas porque él te iba a decir algo muy importante y tú que ya te imaginabas qué era te hiciste la difícil, la que no tengo mucho tiempo porque si me tardo me regañan. Y él, nervioso y sudando a chorros te lo suelta de golpe que quiere que seas su novia y te suelta un beso inexperto en la boca, un beso que sólo fue un rozón de labios y sale disparado, huye a la carrera, no espera el sí que habías previsto decirle luego de escuchar su confesión de amor, y te quedaste con el romanticismo atragantado en el subir y bajar de tus pestañas. Ahora lo ves pasar y vuelves a sentir el tímido rozón de sus labios. Piensas si así será el amor, si por estas cosas la gente se muere de dolor y tristeza, se matan los rivales, será por esto piensas y no puedes imaginar que una cosa así sea para tanto y cierras los ojos para soñar con la lluvia que empieza a caer torrencialmente y aunque te mojas no cierras las ventanas hasta que tu mamá te grita que si no serás mena que las cierras porque se está metiendo el agua, y las cierras y te vas a tu recámara, te sientas frente a la mesa que hace de escritorio y escribes en el diario que una de tus tías te regaló la pasada navidad. Al escribir, sin darte cuenta, te has teñido con un rubor que te conduce al llanto, que te corta el aliento, lo sientes como una punzada en la mitad del pecho, entre las bellotitas de tus senos en floración. Te recuperas al cerrar el cuaderno, aún eres muy joven para sufrir de amores te dices y prendes la radio justo a la hora de las complacencias y oyes que te dedican de parte de tu fiel enamorado de las iniciales tales y cuales, esa bonita melodía en la voz del inmortal Pedro Infante y te vuelves a ruborizar porque si tus amigas oyeron se van a dar cuenta que esa Ifigenia eres tú, quién más lleva en el nombre la gracia helénica de un padre llegado desde el Mediterráneo, a quién más se le pudo ocurrir bautizarte así sino a un ferviente adorador de los trágicos, él mismo un trágico que naufragó al cruzar el canal en procura de nuevos horizontes para la familia.

Y al mirarlo pasar por los ventanales de la soledad, te quedaste más sola e incomprendida, más tierna y dulce, suave copo de lluvia, remanso de sollozos, risa borboteante. Eras la felicidad con traje de muñeca despierta con los arreboles de la tarde y la fresca mediación del viento enardecido por la brama del mar en el tinglado del reposo.

Jamás pudiste imaginar que esa era la última vez que tus ojos se deleitaban viendo el plante de tu galán que en los albores de la pubertad te despierta un raro afán de salir a saltar y cantar en los parques y en los puertos, sacudiendo el polvo de las calles con el raspar vibrante de tus huaraches. No podías imaginar que por la noche, los desaprensivos testimonios de la duda como anzuelos celosos lo arrastrarían al sonambulismo del desespero ciego y sombrío ante los murallones del desamparo y sin pausa ni sosiego en los rincones de un patio oscuro iba a encontrar el andamio para su muerte precoz, el trampolín hacia la necia puerta de su tristeza. Ahí encontró la paz. El morbo pueblerino aumentó a tus tribulaciones de novia inconclusa la ausencia de una nota explicatoria, el rutinario mensaje para que no se culpe a nadie. No lo necesitas hoy, tampoco te hizo falta para pedirle permiso a tu madre para ir al entierro de ese joven que como la triste niña aquella que dicen murió, perdón, se mató de amor. Y fuiste al camposanto con gardenias, rosas, claveles y violetas en las manos, fuiste con un dolor cada vez más tuyo y bravío, cada vez más sumido en las entrañas e intraducible. Viste a sus padres llorar con angustia y sobresalto, sin percatarse ni preguntarse por qué esta niña con rubores de ambrosía llora con pasión y entusiasmo como si su muerte fuera tu muerte. Nadie te preguntó. El dolor nos vuelve solidarios cuando es ajeno, nos hace egoístas cuando es propio. No hay dolor en el mundo más cruel que nuestro dolor a cuestras, pregonamos con narcisismo doliente, pretendiendo batir todos los récords posibles de sufrimiento para que no quede duda ni huella de un dolor semejante al nuestro. Llorabas, pero no dabas pena porque la pena era una pena de familia, compartida con avaricia entre los parientes y allegados. Y tu llanto fue un llanto declamativo y presuntuoso, para hacerte notar, para demostrar que tu dolor era más intenso, hondo y doloroso porque tu dolor no es la respuesta de un lazo familiar, de un parentesco muchas veces no solicitado. Y al filo de la tarde, cuando los viejos campanarios bordan el final del ángelus, los pisolabis reiteran invitaciones no atendidas que, al fin, primero Dios y su santa madre, pueden cumplimentarse, dejas el cementerio. Echas la postrera mirada para el adiós porque sabes muy bien que no volverás a este lugar para siempre maldito en tus recuerdos, para siempre oprobioso en tu memoria. No vuelves a mirar, ya para qué, el abandono en que se queda quien, en un raptó de audacia, te arrebatara al más eterno roce de labios inexpertos que sólo fue la esquiva ceniza de lo que pudo ser empecinada brasa. Regresas a tu ventana. te acodas

en espera de que vuelva a pasar, de que vuelva a preguntarte si quieres ser su novia. Otra vez llueve. El tiempo de aguas ha llegado.

Alguien toca en las mandolinas del silencio una breve mazurka de amores y sueños incumplidos. En la capilla de su casa el incensario de su corazón musita una plegaria de ruinas y congojas. Ya ni la telenovela con su ruidosa historia de traiciones a destajo puede consolarla esta noche clara de ausentes luceros. El vendaval de su tristeza no amaina con el tenue silbido de canarios presos en la blasfemia de una jaula de oro pendiente de un balcón que ya no existe. Mira desde el ocaso de su lecho el ramaje de un guayabo a punto de madurar. Se mira las manos y busca bajo la almohada el cuaderno forrado con piel donde escribió segundo tras segundo la intensa agonía de su desamparo cuando ese chamaco de atrevidos vocablos y tímidas acciones buscó el roce de sus labios y la dejó marcada para siempre con la burla letal de una estampida de suspiros y quebrantos en el pecho. Le duele recordar y más se duele de tanta vida sin nada más que enmohecidos juegos de durmientes recuerdos, sumidos en la tempestad de requiebros al pasado y una brusca, leve, enardecida evasión del presente. Comprende que su hora de morir se cumple. Escucha el fastidio de sus familiares porque interrumpen la telenovela para dar una noticia grave: Luis Donado Colosio muere en atentado criminal en Tijuana. Se pregunta ¿y quién es ese? La historia, sin saberlo, la atrapa en sus redes y desde entonces hasta que sus fieles difuntos la vayan a dejar en el viejo cementerio no escuchará más que exaltadas voces clamando justicia en pregón de virtudes y santificaciones por quien no pudo ver satisfechos sus más entusiastas deseos. La vida es así y sin saber que ya alguien lo escribió en un cuento memorable, concluye, la vida no es muy seria con sus cosas.

[En realidad, nadie ha podido comprobar la veraz historia del crimen asesinato.]

Tampoco se ha querido. Tengo varias hipótesis que podrían servir para aderezar unos cuantos ejercicios de narrativa policial. Propongo discutir todas las probables rutas que conduzcan a explicar el quién y por qué. El cómo, cuándo, dónde y qué ya se conoce. La conclusión de la pirámide exige dos respuestas que en verdad son una sola: quién.

Hipótesis de trabajo 1. Elemental. Se trata de un complot narcopolítico para vengar malas reparticiones de botín. Por vía indirecta suprimen la

competencia. Matan, first, al cardenal libre de toda sospecha porque en realidad era el capo mayor del Cartel Ojos Tapatíos. Second, matan al candidato porque se corría el peligro de que vaya en serio eso del cambio y la renovación moral, viejo lema delamadrista que a todos les valió madres. Fue para no desperdiciar el impulso. Ya encarrerados, chingue a su madre el gato. Lo del juez, por lo mismo y para que lo de Ruta 100 vaya tomando color porque ese amarillo canario estaba palúdico y no se vale. Además, que el subprocu tenía cola de donde jalar por sus negocios en el Metro y que no compartió el muy jijodesuresbalosacatrina. Un solo culpable ¡¡¡México!!! Y ya van dos finales, semifinales y etc. que se pierden por la chambonería de esos tiznados ratoncitos de mierda ¿? pacotilla.

Hipótesis de trabajo 2. Los susodichos cadáveres, arriba convalecientes a la diestra del gran arquitecto del mundo (se ve que era chafón porque el planeta le salió de la patada), se autosuicidaron sólo para dar escarmiento a la feligresía religiosa, política, partidista y judicial que desde hace mucho rato no se mochaba con limosnas, agasajos, parabienes y embutes. Cuatro suicidios perversamente prefabricados por las mismas frías mentes calculadoras que devinieron víctimas de su propio suicidio, según lo hubieron dispuesto. Nótese la intrínseca maldad de los contrayentes y contribuyentes del delito. Nótese, además, la misoginia arrabalera, el machismo descompuesto y la asexualización de los eventos. Ninguna mujer víctima-autovictimaria. Para el carajo. Perdón, pa el coño e su mare.

Hipótesis de trabajo 3. A estas alturas la hipo se está quedando sin tesis y desembocando en un vulgar hipo de antología. Profesional que es uno, hai (subrayado, plis, no cursivas [nota del personaje metido a ensayista de corrector moral])_les va. El desaparecido comunismo internacional, junto con la masonería hereje y el sulfuroso demonio son los responsables de tan tristes muertes que, salvo el caso de su ilustrísima eminencia, puede considerarse que fue un justo, merecido y necesario castigo de Dios, santo santo santo y mil veces santo y misericordioso. Por supuesto que el Opus Dei, opus nai nanai en este asunto, ya que todo fue entre facinerosos adoradores del mal. Por lo tanto, tampoco hay culpables que condenar. Como quien dice, lo que sea su voluntad.

ENTREVISTA



Cuestionario Proust-Pivot

Responde Viviana Cordero

El novelista francés Marcel Proust (1871-1922), autor de la monumental saga *En busca del tiempo perdido*, respondió con apenas trece años a un juego de preguntas y respuestas titulado "Confesiones. Un álbum para documentar pensamientos, sentimientos, etc.". Las interrogantes estaban hechas en inglés, pero el escritor respondió en francés.

El cuestionario, como parte de un popular juego de salón, le fue dado a Proust por su amiga Antoinette Faure, hija del presidente de Francia, Félix Faure. Años después, entre 1891 y 1892, un veinteañero Proust respondió en francés a un juego titulado "Las confidencias de salón". Esta segunda versión traducía algunas preguntas de la versión inglesa e incorporaba otras. El manuscrito original, que se llegó a conocer como "Proust por sí mismo", fue subastado en 2003.

Las preguntas proustianas siempre fueron recordadas como la versión victoriana de los *tests de personalidad actuales*, y fueron usadas por el conductor televisivo Bernard Pivot entre 1975 y 1990, en su programa *Apostrophes*, por el cual pasaron Mitterrand, Polanski, Bordieu, Eco, Yourcenar, Nabokov, Kundera, y otros tantos. En 1993 la revista *Vanity Fair* lo usó con mucho éxito, llegando inclusive a publicar una antología con las respuestas de las celebridades escogidas.

Una variación del cuestionario de Pivot ha sido reciclado por James Lipton desde 1994 en su programa de entrevistas *Inside the Actors Studio*, aunque eliminó las preguntas 40 y 41 por considerarlas inapropiadas para la sociedad norteamericana.

Pixeletas ha retomado el cuestionario Proust y a partir de la pregunta 31 inserta las utilizadas por Pivot y Lipton.

1. ¿Principal rasgo de su carácter?

Resiliencia para caerme y levantarme como muñeco porfiado. Impulsividad excesiva.

2. ¿Qué cualidad aprecia más en un hombre?

La solidaridad y la sinceridad, la consistencia y la empatía.

3. ¿Y en una mujer?

La solidaridad y la sinceridad, la consistencia y la empatía.

4. ¿Qué espera de sus amigos?

Lealtad, apoyo, complicidad, empatía.

5. ¿Su principal defecto?

Impaciencia, rabia y baja autoestima.

6. ¿Su ocupación favorita?

Escribir y leer.

7. ¿Su ideal de felicidad?

Ser escritora 24/7, lo que significa observar la vida y sus momentos. Me gusta sentarme a recordar momentos vividos para luego convertirlos en parte de mi escritura y que probablemente serán completamente diferentes a lo que sucedió en realidad.

8. ¿Cuál sería su mayor desgracia?

Perder a mis hijos. Quedarme con algún impedimento físico que cause que dependa al cien por ciento de otras personas; probablemente la que más me aterra es la ceguera pues no podría leer.

9. ¿Qué le gustaría ser?

Me gustaría ser médium. Para comunicarme con todos los espíritus; los escritores, los personajes históricos y la familia.

10. ¿En qué país desearía vivir?

Donde vivo ahora, en Portugal. Ha sido el mejor salto al vacío que he dado, pero si tengo que pensar en otro sitio que no sea el actual, tal vez Londres si tuviese mucho, mucho dinero. Siempre me ha fascinado esa ciudad. Y pensándolo bien, he escuchado de Nueva Zelanda y siempre me fascinó la región de Nuevo México en Estados Unidos si la política cambia.

11. ¿Su color favorito?

Rosado. Rosa, rosa, rosa en todos sus tonos. Soy *pink lady* a muerte. Pero también me gusta el azul.

12. La flor que más le gusta?

Camelia japónica y la rosa.

13. ¿El pájaro que prefiere?

Ninguno. Tengo "alactofobia" (*fobia a las alas con plumas*). Me horrorizan los pájaros. Tal vez el búho si no tuviese alas.

14. ¿Sus autores favoritos en prosa?

Elizabeth Strout (todas sus novelas). Elena Ferrante (El cuarteto napolitano). Lawrence Durrell (El cuarteto de Alejandría). León Tolstoi (Anna Karenina). Alberto Manguel, Mario Vargas Llosa, Fernando Aramburu. Hay tantos... es difícil.

15. ¿Sus poetas?

Jorge Luis Borges, T.S. Elliot (*Old Possum's Book of Practical Cats*), Jacques Prévert (Paroles), Antonio Machado, Fernando Pessoa, Sophia de Mello Breyner Andresen.

16. ¿Un héroe de ficción?

Maqroll el Gaviero, Don Quijote de la Mancha.

17. ¿Una heroína?

Lila Cerullo, Lucy Barton, Elizabeth Costello, Olive Kitteridge.

18. ¿Su compositor favorito?

Mozart, Bach.

19. ¿Su pintor preferido?

Gustav Klimt, Claude Monet, Georgia O'Keeffe.

20. ¿Su héroe de la vida real?

La reina Isabel I de Inglaterra. Toda la vida, desde niña la idolatraba. Tenía una muñequita de ella que me acompañaba siempre en mi estudio.

21. ¿Su nombre favorito?

Morgana, Tiago, Tomás, Mar.

22. ¿Qué hábito ajeno no soporta?

No soporto que las personas se alaben y alaben a sus hijos.

23. ¿Qué es lo que más detesta?

El fundamentalismo, la hipocresía, la estupidez.

24. ¿Una figura histórica que le ponga mal cuerpo?

Hitler por su obsesión de limpiar la raza.

25. ¿Un hecho de armas que admire?

El desembarco en Normandía, porque fue un acto que aseguró la derrota de Alemania, y la erradicación de la ideología nazi (por unas siete décadas).

26. ¿Qué don de la naturaleza desearía poseer?

El don de la danza latina, bailar como bailan las barranquilleras, y la voz para cantar como Amalia Rodrigues.

27. ¿Cómo le gustaría morir?

En mi cuarto, en mis sueños, con calma.

28. ¿Cuál es el estado más típico de su ánimo?

Alegre la mitad del tiempo, frustrada y tratando de ir contra corriente la otra mitad. En el centro y por momentos el bajón de ver el vaso mitad vacío, pero me salva mi resiliencia.

29. ¿Qué defectos le inspiran más indulgencia?

No sé, es difícil porque los defectos no me inspiran indulgencia. Con la edad me he hecho menos tolerante.

30. ¿Tiene un lema?

Para atrás ni para agarrar impulso.

31. ¿Cuál es su palabra favorita?

"Murmurar", "marquesina", "mar", "miel".

32. ¿Cuál es la palabra que menos le gusta?

“Chanclera”, “hediondo”, “medias”. Me saben a cuarto sucio y no aireado.

33. ¿Qué es lo que más le causa placer?

Leer, tomar una copa de oporto, pasear por la playa de Oeiras, conversar con mi gato, tomar el avión para ir a visitar a mis hijos.

34. ¿Qué es lo que más le desagrada?

Hacer colas para algún asunto burocrático, ir al supermercado.

35. ¿Cuál es el sonido o ruido que más placer le produce?

El sonido de las olas, el sonido de los árboles.

36. ¿Cuál es el sonido o ruido que le aborrece escuchar?

Las locuciones de los partidos de fútbol, el pasar de los autos o motocicletas por la noche.

37. ¿Cuál es su mala palabra favorita?

Me he quedado en blanco. En una época soltaba muchas malas palabras, sobre todo debido al personaje de Quiara que interpreté en la película *Sensaciones*. Ya no. Supongo que la que más utilizo es ¡Pucta! con C no sé por qué. En cambio, me encanta gritar ¡Rebecaaaaa! como la película de Hitchcock cuando algo va bien, y cuando algo es muy fuerte: “¡Madre mía, Bendición Alvarado!”, como en *El otoño del patriarca*.

38. Aparte de tu profesión, ¿qué otra profesión le hubiese gustado ejercer?

Veterinaria.

39. ¿Qué profesión nunca ejercería?

Contabilidad.

40. ¿Su droga favorita?

El chocolate.

41. Si reencarnaras en planta o animal, ¿qué serías?

Un gato. Por su inteligencia, por su capacidad de percepción, por su autoestima, por su orgullo y su independencia.

42. Si el Cielo existiera y se encontrara con Dios en la puerta, ¿qué le gustaría que Dios le dijera al llegar?

Bienvenida. Te admiro. Tenemos tanto de qué conversar. Tu estudio está listo y la biblioteca también, con todos los libros que te gustaría leer en la eternidad para que los organices como quieras y muchos cuadernos y plumas para que escribas. Me encantaría.

“Confesiones. Un álbum para documentar pensamientos, sentimientos, etc.”.

ROOKIES





La cápsula del tiempo

Alla Kondratova

Últimamente se ha puesto de moda una nueva costumbre: crear una cápsula de tiempo, la cual es una caja en la que se guardan cosas significativas que identifican a un grupo de personas. Después se la entierra para que, en el futuro, cuando alguna expedición arqueológica o algún marciano visitante de la Tierra la encuentre, sepan cómo era la cultura de esos pobladores.

Si no dejáramos ninguna cápsula del tiempo y, luego del fin del mundo, llegaran los extraterrestres y excavaran en el campus politécnico, me imagino que así sería su informe:

Como resultado de las excavaciones efectuadas por nuestros arqueólogos en la zona ecuatorial del planeta Tierra, descubrimos los restos de una antigua cultura llamada politécnica. Parece que se trataba de una especie de poblado independiente, que se llamaba campus ESPOL; sin embargo, al comienzo del siglo XXI de la era terrestre ellos perdieron parte de su autonomía, siendo sometidos a una dura ley llamada orgánica (no se puede explicar bien su significado, debido a que los terrícolas ponían la denominación “orgánica” a cualquier cosa, desde la comida hasta los compuestos).

La sociedad del campus estaba fuertemente jerarquizada. Pudimos establecer que había tres principales clases sociales: Gobernantes, Elegidos y Contratados. Estos últimos pertenecían al estrato más bajo, no tenían derecho al voto y estaban vinculados al campus mediante un contrato que podría acabarse en cualquier momento, después de lo cual el contratado quedaba abandonado a su suerte.

Las creencias de los politécnicos fueron complejas. Sabemos que existía el culto a los antepasados, cuyos retratos fueron encontrados en las ruinas del campus. También existía una religión llamada *Acreditación internacional* que se practicaba en todo el territorio. Los servicios religiosos

se celebraban rigurosamente, imponiendo la participación obligatoria de todos los miembros. Para esta ocasión, todos tenían que elaborar unas especies de plegarias (cada una tenía su nombre: rúbrica, matriz, plan analítico, evidencias, etc.). La recopilación de las plegarias se denominaba *Portafolio* y era supervisada por los sacerdotes de bajo rango llamados coordinadores y los sumos sacerdotes llamados comité de acreditación; el no cumplir con todos los ritos se consideraba pecado y al culpable le imponían distintas sanciones hasta su excomunión.

El animal sagrado de los politécnicos era un anfibio terrícola conocido por su lentitud, llamado tortuga, cuyas imágenes estaban en todos los rincones del campus. A la tortuga la dotaron de algunos rastros antropomórficos añadiéndole un aparato óptico que usaban los humanos para corregir los defectos de la vista, los lentes. También en el territorio del campus fueron encontrados varios esqueletos de un antiguo cuadrúpedo llamado llama. No sabemos si estos animales fueron sacrificados en un ritual religioso o simplemente se extinguieron.

En cuanto al lenguaje, la letra C fue la más usada; la mayoría de las palabras del vocabulario politécnico (todavía indescifrables) comenzaban con esta letra: CELEX, CENACAD, CENAIM, CEPROEM, CISE, CICYT, CIB, competencias, capacitaciones, Cecilia, etc.

La cultura politécnica era bastante desarrollada; ellos crearon su propio calendario (llamado académico) y un complejo sistema de medición del tiempo. En todas partes estaban instalados los aparatos en los cuales los habitantes del campus tenían que marcar el tiempo mediante su huella digital o un código secreto; el que no lo hacía recibía distintas sanciones. Este sistema de medición, muy distinto a todos los que conocemos, actualmente está siendo analizado por nuestros expertos.

También, nuestros científicos tratan de encontrar y analizar el ADN ESPOL mencionado en muchos documentos institucionales, pero a pesar de todos los esfuerzos este no fue hallado.

Cabe mencionar algunas curiosidades encontradas durante la excavación; por ejemplo, aunque los politécnicos pasaban todo su tiempo en el campus no hay restos de viviendas, solo los edificios administrativos que tienen una arquitectura característica, muy austera y desprovista de

elementos decorativos. Se conservó el nombre de uno de estos edificios, cuyos habitantes lo bautizaron como Alcatraz.

Para pertenecer al grupo de Elegidos, uno tenía que viajar muy lejos y permanecer allí varios años para conseguir una especie de título nobiliario llamado PhD, que era muy caro. Algunos de nuestros historiadores afirman que, para reponer este dinero, de regreso el propietario del título tenía que trabajar como esclavo.

También, había un curioso sistema de remuneración. Los sueldos nunca aumentaban mientras el costo de la vida crecía vertiginosamente, y se cree que este sistema fue implantado como entrenamiento de supervivencia. Efectivamente, parece que la mortandad entre los politécnicos era muy baja, pues en el territorio excavado fueron encontradas solo cuatro tumbas con sus respectivas lápidas; sin embargo, algunos expertos consideran que simplemente los ancianos fueron alejados del campus mediante un procedimiento llamado jubilación, rito que consistía en que la persona debía abandonar la comunidad y por esto a veces le daban un papel llamado Bono del estado.

Etcétera.

Chuta, hasta yo me asusto escribiendo esto, imagínense cómo estarían impresionados aquellos visitantes de la Tierra. Hermanos, antes de que venga el fin del mundo ¡hagamos una cápsula de tiempo! Pongamos en ella algo que realmente cuente de nosotros, de nuestras cualidades que no se miden por la cantidad de formatos que llenamos, las reuniones a las cuales asistimos y el pilo de papeles que debemos presentar a las autoridades.

Recordando algunos ejemplos históricos: Salvador Dalí jamás obtuvo el título de la Academia de Bellas Artes, la tesis de Louis Pasteur fue considerada mediocre por sus profesores y Albert Einstein nunca hizo masterado ni doctorado y, sin embargo, fueron grandes. El primer edificio prefabricado fue construido por un jardinero, el telégrafo fue inventado por un pintor y el fundador del electromagnetismo ni siquiera terminó el colegio.



“

Mamma mia,
¡qué dirían la Senescyt y el
departamento del Talento
Humano de haber existido
en esta época!

”



Transparencia eterna y otros textos

Karen Vinueza

Mis pies en el pavimento arrastran la curiosa inquietud de dolor, mientras el sol acaricia las llagas que provocan semillas en la espera de algún fruto; contemplo la ruta, solo apretujo los dientes y se humedece mi lengua. Camino.

Agujeros con la entrada de aquel pecado externo envejecen rápidamente el brote de agua de mis ojos y no siento, porque fallo en las miradas. Paso, pie, ruta. Calmado el invierno ayuda a la desilusión, o tal vez a la inflación. Unto aceite en la base de mi tablero porque la suavidad y la molestia irradian cortes de superioridad. Cambio de postura.

Presiono mis esquinas en el suelo sur y trato de oler la brea que pronto será necesario cruzar; aunque la belleza tiende a abolir el sol, éste aparece como queriendo jugar a las escondidas, y camino.

Junto a un espacio frío apaciguo la esfera tosca de la sequedad, arrastro los pies, pero ya no son míos, lo único mío es la capa cubriente. Aprovecho cada sonido de tambor que se genera en toda la calle y no me detengo. Muy cercano al límite a pesar de que perdura la inercia, trago la saliva que permanecía en mi boca para no ahogarme y dejo de chocar contra el espejo inferior. No logro continuar ni mirar frente a la pared de la sala porque he perdido algo, algo que ya no era mío pero que aún me hace falta, ese algo que permanece colgado como pintura que nadie observa. Ese algo era mi equilibrio, la equidad de mi andar.

Que el cielo no sea celeste, sino lila. Que los dedos no tengan huellas. Que la sangre no sea roja, sino transparente, como las lágrimas. Que sea tan transparente como el sentimiento que se aloja en el fondo de nuestra alma y las llagas de una herida viva que no se cicatriza ni siquiera con el pasar del tiempo. Tan transparente que ni el ojo pueda distinguir si hay algo en el rostro o no. Transparente, no vacía. Sangre transparente que se disfraza con suficiente brillo para querer existir. Sangre que no puede dejar de recorrer mi cuerpo y que, a pesar de no ser vista, sabemos que es roja por dentro...

Desconozco el origen del espacio y la superficie, aunque mi cuerpo parado frente a una calle angosta y larga, finitamente ilusoria, perdía órdenes cerebrales en cada segundo. Apuré a mis musculaturas a despertarse, pero demoré tanto en la intención que sentí el cosquilleo de las hormigas durante un corto paseo de mi cabeza.

El sol conspiraba con mi ira; conjuración que brinda a todo lo externo las clasificaciones de meneos de mi rostro; era un elegante y creativo desfile de muecas.

Empecé a sentir el roce contra el pavimento después del despertar de mi masa muscular y obviamente el olor a quemado iba a aumentar mediante el andar. No me cubría nada. No había tela, sogas, plástico o esponja, había cuero. No suavicé mi superficie por lo tanto las marcas adoptarían un tono oscuro simulando una carne asada en una parrilla.

El final no lo sé, ni siquiera el objetivo de esta travesía, pero continúo. Miradas de águila cuidando mi espalda y gestos autoritarios me soplaban un aire de seguridad; niños de escuela gimiendo por un helado, amantes en un Fiat en donde el tiempo dura solo quince minutos, amo de pitbull -quizás su hermano-, mujer atribuida de senos enormes enjaulada en artefactos pequeños...

Me harté

Continúo, pero grito. Grito en silencio para que todos me oigan, pero nadie me escuche. No busco nada, ni espero nada; no hay límite frente a mí, pero estoy saturada de llaves lateralmente.

La carne molida que construye mis extremidades inferiores se ha descompuesto y mi piel ahora es bicolor, aunque exista un terrible contraste de tonos, me convertí en camaleón.

Volé, volé hacia un charco de líquido, tal vez orina, tal vez agua; bailé al son de las maracas y sirenas y adopté el paso de Michael Jackson al ritmo, hasta que terminé de absorberlo todo. La inercia reinó.

Sin lluvia ni luz estaba dentro de un cubo armado por una columna de hombres, y me sentía extraña, quizás fresca. No vacilé en cruzar varias veces la ligera brisa que circulaba en ese espacio y me seguía sintiendo extraña. En un abrir y cerrar de ojos apareció el escenario, éste no fue armado por la columna de hombres, eso lo noté, fue armado por un burdel de *gays*. Estaba atiborrada de curvas, flores, chucherías, humo y exotismo que mi masa corporal se tumbó en una zona acolchonada, aún me sentía extraña. Se regaba. La herida se abrió y los insectos aprovecharon para viajar. Empecé a sentir una hormiga, una cazadora, que no tardó tanto en transmitir la oposición a la temperatura en la que voluntariamente se había encerrado. Ya no me sentía extraña, estaba incompleta.

Una fotografía nunca hecha, obra de arte no perdida. Sin perder el ángulo ni los elementos, los *gays* colgaron en una de las paredes el instrumento de su inspiración: la perfección de mis piernas.

Crucé la puerta y olvidé que una gaviota había perseguido el pescado que cargaba en la funda junto al corazón de un hombre que no soportó que fugaras, creyendo estar a punto de convertirme en el devorador de aquel corazón porque no soporto la idea de saber que algo de él tiene tus recuerdos o sensaciones que mezclaste en encuentros llenos de adrenalina y regocijo. Aún no encuentro aquel escondite que perseguíamos tras aquella pareja que disfrutaba de circunstancias peligrosas, cometiendo adulterio, atestiguándole al tiempo que el espacio no lo acompaña. Aún no encuentro la marca que dejaste en mi espalda, la que sólo podía ver con el juego de espejos, y que no me quemó en el instante, sino que se reavivó cuando dejaste de llamar. No encuentro aquel respiro que dejé guardado en tu boca, debajo de sábanas, sin rastro de dudas o ilusiones, aquel respiro que casi me mata, aquel respiro que parecía que mi alma se escapara detrás de la tuya.

Lo que sí encontré fue el frasco de la acetona evaporada en mi mesa de noche de aquella vez que nos agarró el día después de una profunda conversación; una brisa que se formó cuando cerraste la puerta del baño descubriendo la naturalidad del deseo y me cegó la luz prendida...por el miedo a la oscuridad de tu corazón.

Huiste a oscuras del amor, confiada en la luz, abrazada de las irregularidades de tu visión, obstruyendo por completo el horizonte en el que no te hubieses perdido si la dejabas encendida. La luz que aprobaste provocando la pérdida de mi sombra en tu caminar.

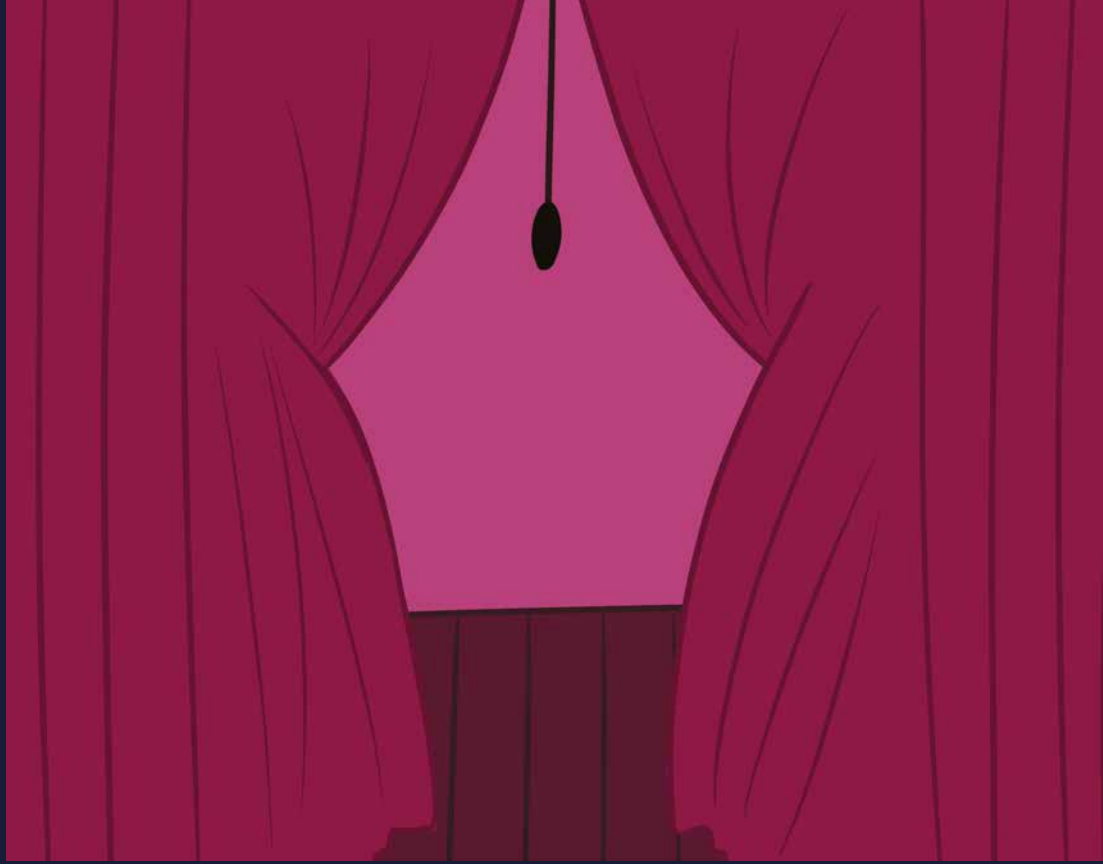
Ahogo leve por la palabra no dicha

He vuelto a recordar los remolinos del tornado dentro de casa, después de cada episodio -oscuro-, y es la misma sensación que tengo ahora. Ni siquiera se asemejan las situaciones ni el nivel de discusión, pero creo que enfrentarme a una situación tan desgastante emocionalmente ha provocado que me cuestione mucho más: ¿qué estás haciendo? Esta pregunta está cargada de culpa, vergüenza, dolor, miedo, pero al mismo tiempo de supervivencia, descubrimiento y esperanza. Porque al parecer la inercia vuelve y se instala en todos los ámbitos de mi día, porque han vuelto las máscaras, las sonrisas falsas, la incomodidad escondida de ligereza corporal; porque las confusiones y dudas se esconden en una acción de alejarse del entorno físico. Porque quiero ignorar todo y contrariamente lo absorbo todo. Porque en esa resistencia las estacas del dolor se instalan más y son más difíciles de sacar. Porque las lágrimas aparecen sin siquiera conectarlas mentalmente con un episodio, como si la lluvia apareciese sin ninguna nube negra y con el mayor resplandor solar. Como si la vida solo fuera acción sin emoción. Siento ese vacío y el nudo en la garganta de la tristeza, de la lágrima por derramar, del ahogo leve por la palabra no dicha. De mí se desprende vívidamente el pesar.

¿Hay que huir?

Entre cambios de humor, altibajos de ansiedad, miedos repentinos, saturación de pensamientos, limitaciones a mis hábitos...estoy cansada. Me quedo en silencio. Como la niña programada para guardar silencio cuando los mayores hablaban. Estoy condicionada y me ahogo. Mi garganta siente el peso de algo intangible e inmaterial en mi cuerpo, pero ahí está, tan fuerte como una puñalada directa y profunda. Siento mis ojos parpadear lentamente, como si hubieran aceptado el abandono corporal. En mi mutismo, siempre alguien me reconoce y me increpa. Es difícil afrontar la tortura interior del otro en su comportamiento, porque lo que buscan los demás es acortar el tiempo de ese estado; y lo que no contemplan es que ese estado puede ser más permanente que el mismo silencio. Alguien me dijo una vez: Tranquila, que de esto salimos. Y yo me pregunto: ¿Hay que huir?

TEATRO



Hola, Soledad, un monólogo

Sonia Manzano Vela

En el centro del escenario, una silla mecedora: hacia un costado, una mesita sobre la cual están un espejo ovalado de mano, con mango; un teléfono convencional, una copa y una botella de vino. Una mujer anciana, de figura altiva y barbilla alzada, avanza, con paso lento, pero firme, hacia la mecedora, se sienta en esta y empieza a balancearse por unos dos minutos, al cabo de los cuales toma de la mesita el espejo, se observa detenidamente, hace algunos gestos, se acicala el cabello y comienza a hablarle al espejo, el cual será manipulado de diversas formas, según sea la situación representada.

Espejito, espejito, nunca me hubiera imaginado que, a estas alturas de mi vida, tú te ibas a convertir en el objeto más imprescindible para que yo, Irene Molina Carbo, pueda conversar con mi propia imagen y semejanza... y nada menos que cuando a mí me dé la regalada gana... Ahora me han entrado unas ganas locas de conversar conmigo... Sí, oíste bien, he dicho con-mi-go, porque, es gracias a ti, espejito, que "yo" puedo conversar con mi otro "yo" (se señala ella y señala al espejo).

¡Ay, espejito! Si tuvieras consciencia, muchas veces te habrías preguntado por qué esta señora me usa para conversar con ella misma. Mía, ni yo misma lo sé, pero quién no habla de ratito en ratito con su propia cara. No hay nada mejor que un espejo para poder hacerlo.

La mujer hace gestos frente al espejo, como sacar la lengua, fruncir el ceño, etc. Luego inicia una conversación con su imagen.

Hello, Irene Molina, hello. ¿Estás ahí? ¿Eres tú la que viste y calza? Sí, no hay duda, eres tú la señora guapa que me mira, te reconozco por esos bonitos ojos que tienes debajo de esas dos cejas, por tu boquita pintada de un rojo encendido, por tu cabello color chocolate, el que una vez al mes te lo tintura una sobrina asambleísta. Lo hace desde que te empezó a salir un puñado de canas en la coronilla (se toca la coronilla)

¡Uy!, Qué canas más rebeldes, ya le toca a mi sobrina visitarme, si hasta parece que tengo el casquete blanco que usa el Papa Francisco.

La anciana deja reposar el espejo en su regazo, se balancea por un minuto y luego vuelve a mirarse el rostro.

¿Sigues ahí? Sí, ahí estás, no te vayas, porque tú (toca con un índice repetidamente el espejo) no puedes irte hasta que yo no haya terminado de conversar contigo o mejor sería decir, hasta que yo no haya terminado de conversar con-mi-go. Mírame a los ojos. ¡Mírame a los ojos! ¡No sé de quién me estoy acordando!... ¡Mírame a los ojos que son tus mismos ojos! Ojos color té, color tabaco... ¡Ajá! Sé lo que estás pensando: que ya estoy algo chiflada porque me acerco peligrosamente a la novena vuelta de mi ya larga vida. Sabrás que mi edad avanzada no me preocupa mayormente, porque cuido mucho de mi salud. Yo tomo mis vitaminas, desde la A hasta la Zeta, me alimento bien, hago los ejercicios que todavía puedo hacer, como estos (mueve las piernas como si estuviera pedaleando) y, lo más importante, no me estreso con pendejadas que no valen la pena. Todavía tengo para rato, un rato en el que lucharé para que no se me seque la sesera, tal como le está pasando a mi amiga Frígida Tenén, que siendo menor que yo, comete chochera tras chochera como la de meterse el supositorio por la boca y el colirio de ojos por las fosas nasales.

Sí, es posible que con los años me vaya poniendo un poco sorda, un poco ciega, un poco chueca pero idiota o triste. ¡Eso jamás! Aspiro a que mi mente no dé ni un paso atrás, y para lograrlo, hago gimnasia mental todos los días, resuelvo crucigramas, descifro sopas de letras. ¡Y hasta chateo! Más con emoticones que con palabras, con tres amigas que todavía soplan, todavía soplan algo más que las velas. Je, je, je... eso me sonó a frase de doble sentido, Lo que sí no hago es desperdiciar mi vida en cosas como armar rompecabezas, eso sí que es perder el tiempo, y tiempo que se va, ya no regresa (*se queda unos instantes en silencio, luego reacciona y prosigue*).

Oye, tú (*toca el espejo con su índice*). Quiero confesarte algo que me tiene muy preocupada. De unos días para acá se están escapando de mi cabeza datos muy importantes de mi hoja de vida, y yo no quiero que mi hoja de vida se marchite antes de tiempo (*se muestra llena de ansiedad*) ¡No! No quiero que se borren de mi memoria los datos que me identifican, que me recuerdan quién soy, de dónde vengo y hacia dónde voy, por eso quiero confiarte esos datos a ti. ¡Sí, a ti! Datos que te pido me los tomes como lección día tras día, y si llego a cometer olvidos imperdonables, reclámame fuertemente, insúltame sin piedad, yo te lo pido, hasta que mi memoria logre recordar aquello que está olvidando.

Comencemos, pero antes voy a servirme algo de vino para que se me prendan las neuronas (*deja el espejo en la mesa, se sirve una copa de vino, toma unos sorbos de esta y vuelve a mirar su imagen*). Ahora sí, mujer divina y solitaria, para las orejas y empieza a tomar nota (*se pone el espejo bajo la barbilla, como si fuera un micrófono*). Un, dos, tres, probando, probando.

Me llamo Irene Molina Carbo, tengo 89 años, de estado civil... mmm... No sé si casada o viuda, porque del que fue mi marido, como diría Sócrates, "solo sé que nada sé". Lo que sí sé es que tuve un marido de carne y hueso, el que un día, sin previo aviso, se fue sin rumbo cierto a disfrutar de alguna movida emoción hormonal. Se fue para no volver, nada menos que al mes justo de que naciera Gerardo Efraín, el único hijo que procreé con el susodicho. Nunca me preocupé por conseguir otro marido, porque con el que tuve, ya tuve lo suficiente. Desde hace cinco décadas vivo en este mismo edificio que se está cayendo de viejo. Hasta hace quince años, mi Gerardo vivió aquí, conmigo, juntitos los dos, pero un día, ya viéndose solterón maduro (¡pero nada más!) decidió formar su hogar con una treintañera, hija de un italiano, fabricante de vinos con la que tuvo dos hijos, mis amados nietos Dante y Beatriz (*se queda unos instantes pensando*). A ver, a ver.... ¿qué más podría decirte? ¡Ah ya! Recuérdame que por dos décadas fui maestra universitaria de Literatura latinoamericana. ¡Qué bonito que suena! Profesión que no ejerzo desde que renuncié a la cátedra, exactamente a los setenta y cinco años, cuando a un presidente de la república, uno con genio de perro con dolor de muela, se le ocurrió que los maestros que pasábamos de los setenta, ya no teníamos nada que hacer en la educación superior, y por

eso hizo que nos barrieran de las universidades como si fuéramos hojas de otoño pisoteadas en la calle. ¡Qué injusticia sin nombre! Cuando aún teníamos mucho que entregar a la juventud universitaria.

Bueno, creo que por hoy día ya fue suficiente de conversación hasta aquí te he dado bien clara la película, tu deber es evitar que se me borre de esta pantalla (se da palmadas en la frente), y para que eso no suceda, ten muy en cuenta que eres la prótesis de mi memoria, la caja fuerte que contiene mis más caros recuerdos (*La mujer deposita el espejo en la mesa y comienza a balancearse a un ritmo acelerado. Al cabo de unos instantes se pone de pie y reinicia su monólogo, esta vez sin tener como intermediario al espejo*).

Desde que Gerardo se fue, me quede sola en mi soledad y sola en mi fantasía, pero eso no me deprime en lo ab-so-lu-to, pues me encanta estar sola, lo que se dice "íngrima", sin más compañía que mi sombra. Las horas que más disfruto son las de la tarde, cuando Benita, la empleada que me acompaña desde hace fú, termina su jornada y se va para su casa. Es ahí que hago las cosas que me gusta hacer sin que nadie me vea, cosas como tomar vino sin medida ni clemencia, leer por horas mis libros favoritos, sentada en la taza del escusado que para eso también sirve el escusado: llorar a gritos por penas y culpas secretas que solo puedo confesar sin público presente; escuchar en mi tocadiscos esos viejos tangos del ayer que me revientan de nostalgia; bailar tangos a media luz, mordiendo un clavel que chorrea sangre de tristeza antigua (*Ensayo unos pasos de tango, mientras tararea el tango "A media luz", y después vuelve a sentarse, como si estuviera agitada por el baile. Se mece unos instantes hasta que el timbre del teléfono suena cinco veces. Hace un mohín de fastidio y finalmente contesta la llamada*).

Aló, ¿quién habla? Ah, eres tú. Hola, Soledad, esta noche te esperaba, así como lo hago todas las noches, pues no hay una bendita noche en la que no dejes de llamarme. ¿Qué? ¿Qué me dices? Habla más alto, acuérdate que estoy un poco sorda. ¿Qué? ¿Qué, quieres que cambie el teléfono de oreja? ¡Mujer, acuérdate que me estoy quedando sorda de los dos oídos! Además, que tú, Soledad Riofrío, de un tiempo para acá estás hablando con una voz de ultratumba, casi, casi como si estuvieras ensayando para ya irte a la otra. ¿Que para cuál otra? No te hagas, que

bien que lo sabes. Habla más alto, grita, si es posible, ajá, ahora te oigo mejor. ¿Qué te cuentas de nuevo? Pero, cuéntame algo en verdad nuevo, ya estoy cansada de oírte decir lo mismo, lo mismo y lo mismo. Sí, ya sé que tienes presión arterial alta, que te desvelas todas las noches, que tus hijos, viviendo en esta misma ciudad, solo te visitan cuando necesitan que les aflojes dinero, que te van a operar los juanetes, eso me lo vienes diciendo desde el siglo pasado y todavía sigues caminando como chenchá. No, no dije chenchá, dije chenchá, ahora tú eres la sorda.

¿Me estás diciendo que ahora sí tienes algo nuevo que contarme, y que se trata de una noticia bomba? Habla ahora o calla para siempre. ¡No! ¡No! Que pescaste a tu marido parapléjico con las manos en las masas glúteas de su enfermera, sobándole las nalgas como si fueran melones de temporada. No me digas que así y todo destartalado como está, se ha atrevido a tanto ese viejo morboso. ¿Dices que tienes una pregunta que hacerme? Pregunta ahora, o calla para siempre... ¡Qué! ¿Que si en nuestro país ya está aprobada la ley de la eutanasia? *(deja de hablar y pone una cara de susto, luego prosigue)*

¡Cuidado, Soledad! ¡Cuidado con tener pensamientos psicópatas! Sé que le tienes gran resentimiento a tu marido, pero eso no te da ningún derecho para que lo borres de golpe del mapa de la vida; además, por si no lo sabías, la eutanasia, en el supuesto de que ya fuera ley aprobada en el Ecuador. Solo podría ser aplicada a petición expresa del paciente, y tu marido, que yo sepa, ni es tu paciente, aunque paciencia te ha tenido y mucha. Ni te va a pedir que lo mates, antes es posible que se lo pida a la enfermera, pidiéndole en metáfora, solo en metáfora: "Mátame, suavemente" *(pone voz sensual y se acaricia el cuerpo lentamente, como para transmitir la idea)*.

Bueno, Soledad, ya córtala que me está entrando sueño *(bosteza ruidosamente, con fines obvios)*. Además, tengo que despertarme temprano porque viene a recogerme mi hijo Gerardo para llevarme al sitio en el que viviré desde mañana. ¿Que cuál es ese sitio? Después te cuento, no comas ansias. Llámame mañana por la noche, como siempre

lo has hecho, para ponerte al tanto por ciento de por qué me cambio de domicilio. Oye, pero llámame a mi teléfono celular. No me llames a este mismo número porque ya no me vas a encontrar. Ahora sí, despídete de una vez, córtala, stop, chao. Cambio y fuera.

La anciana cierra el teléfono, se balancea unos instantes, vuelve a servirse otra copa de vino, coge nuevamente el espejo, pero de inmediato lo vuelve a dejar en la mesa con un gesto de fastidio.

¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! No necesito de un espejo para hablar con mi Yo más yo, y en vivo y en directo... ¡No! No necesito de ningún intermediario para comunicarme con esta que está aquí (se golpea el pecho como Tarzán y grita) ¡Con esta Irene Molina Carbo! (se incorpora del asiento, aclara su garganta y continúa hablando).

Mañana me iré de aquí para siempre, vendrá a recogerme Gerardo Efraín para llevarme a un geriátrico, a un vivero de ancianos que yo misma escogí, y lo escogí nada menos que por Internet, porque de algo de lo cual me siento muy orgullosa, es de que soy una adulta mayor com-pu-ta-ri-za-da, y lo estoy desde mi cumpleaños número ochenta, cuando mi hijo me preguntó (pone una voz viril): “Madre, ¿qué quieres que te regale por tu cumpleaños?” y yo, sin pensarlo dos veces, le dije: “Regálame una computadora, y si quieres hacerme el favor completo, contrata a un instructor por unos cuantos días para que me enseñe cómo mismo se maneja esa vaina”... ¡Y me dio la computadora! ¡y me puso un instructor! Por eso es que puedo enviar y recibir correos, informarme de lo que pasa en el mundo, a más de buscar cosas por Internet. Fue así como pude dar con el “Virgen de Alta Gracia”, una residencia de ancianos que supe que me iba a gustar desde que vi en mi “compu” imágenes de sus instalaciones, jardines con vistas al río, pabellones de una sola planta, pintados de un rosa quinceañero; médicos y enfermeros con sonrisas de oreja a oreja.

Yo misma, poniendo mi voz más joven, llamé a la residencia para preguntar cuáles eran los requisitos para que una anciana post ochentona

podría ser aceptada en el Alta Gracia. Salté de emoción cuando me enteré de que yo cumplía con esos requisitos, tales como los de estar todavía en aceptables condiciones de salud “más física que mental”, me recalqué la persona que atendió mi llamada, como dándome a entender que al asilo no le importaba tanto tener a viejos algo deschavetados, con tal de que todavía el cuerpo de estos pudiera sostenerlos en pie. Ah, pero también me informó que la condición más sine qua non, es decir más indispensable para que cualquier adulto mayor pudiera ser aceptado en la residencia, era la de que algún familiar de este tenga billete suficiente como para pagar el costo de la pensión mensual que, de ser carita, es bastante carita, pero el que quiere tener vejez celeste, en un sitio como este, que le cueste, pero ¡caramba! ¡que le cueste a la familia del vejete! En mi caso, el que tendrá que responder por los costos del asilo, es mi hijo... pero él está forrado en billetes. ¡Eso sí, bien trabajados y ganados! Él puede pagar hasta el último día en que yo permanezca en la que será mi penúltima morada. Sí, la penúltima, y no digo la última, porque para esa, todavía falta poco o mucho, pero todavía falta (*se queda en silencio y lanza un largo suspiro*).

Pobre mi Gerardo, me costó muelas convencerlo de que respetara mi decisión. ¡Qué no le dije! ¡My God! ¡Qué no le dije! ¡Y qué no me dijo él para que yo no siga con la necedad de ir a parar a un asilo! Hasta ahora resuenan en mis oídos sus ruegos de que me vaya a vivir a su casa. ¡Pero never! ¡Jamás de los jamases hubiera podido aceptar su invitación! Se me eriza el lomo con tan solo imaginarme cómo sería vivir bajo el mismo techo de su familia con mi nuera, con mis nietos, con la suegra de mi hijo y hasta con el pitbull, ya bastante apolillado, que ellos tienen como mascota (*todo esto lo dice in crescendo*).

Los quiero, los quiero mucho a todos, pero una cosa es visitarlos una vez a la semana, o que ellos me visiten de cuando en vez y otra muy, pero muy diferente, es compartir tiempo y espacio con ellos por casi todo el santo día. No, no podría soportarlo, sería terrible sacrificar mi amada soledad de la que he disfrutado por años en este departamento, al que solo estoy abandonando, por miedo a que me dé un patatús en una de estas noches, y no haya quien llame al 911 para que vengan los paramédicos a aplicarme el RCP.

Sí, ya sé que en el ancianato no gozaré de una soledad absoluta, pero lo que sí sé es que tendré mis horas de relativa soledad ¡Algo es algo! Además, debo admitir que no me disgusta tanto la idea de compartir con gente de mi edad, siempre y cuando me provoque hacerlo y siempre y cuando esta juntadera sea en los espacios de recreo de este geriátrico nuevaolero, piscina, salas de juego, salón de baile, gimnasio, coro, clases de pintura y hasta de inglés. No sé para qué me puede servir aprender inglés a estas alturas, además, cuando me entren ganas de aislarme, me bastará con cerrar la puerta de mi habitación, para aislarme del mundo y de todos, para eso mi hijo pagó todo lo que pagó, para que tuviera una habitación propia. ¡Vaya! Me acordé de Virginia Woolf, lo que significa que nada ni nadie podrá impedirme que siga haciendo las cosas que me gusta hacer a solas, sola con mi soledad y sola con mi fantasía, sin testigos molestos de por medio, yo soy un pájaro herido que gusta lamer sus llagas en secreto.

Se sienta otra vez en la mecedora y se balancea. Toma otro sorbo de vino y bosteza largamente.

Ya son las diez *o'clock*, hora de meterme en la cama. Mi cama, a más de esta mecedora, esta mesita (*la toquetea*) y mi computadora, son las únicas cosas que quedan en este departamento, los otros muebles se los llevó Gerardo para su casa; me dijo que quería conservarlos por si acaso yo aceptara, más adelante, irme a vivir con él. ¡Qué iluso que es!, pobrecillo, que espere sentado hasta el cansancio. A las ocho vendrá a recogerme. Gerardo es muy puntual: dijo que antes me llamará por teléfono para despertarme, ¡ja! como si de sobra no supiera que tengo por costumbre despertarme antes de que canten los gallos (*empieza a balancearse otra vez, sin soltar la copa*).

No sé qué me pasa, tengo un sofoco igual o parecido a los que tenía en mi ya remota menopausia, y hace mucho que soy post, post, post menopáusica. He empezado a sudar como tapa de olla (*extrae del escote un pañuelo y seca el sudor de su rostro*). Ha de ser porque la noche está muy calurosa, o quizás también por el vino que he tomado. El corazón me cabalga como potro desbocado. Ya se me va a pasar, ya se me va a pasar esta molestia. No es la primera vez que esto me pasa. "Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar".

Sigue balanceándose en la mecedora cada vez más lentamente, hasta que esta se queda quieta. Se apagan las luces del escenario y luego de dos minutos vuelven a encenderse. La anciana tiene la barbilla hundida en el pecho, la copa está en el suelo y la mano que la sostenía cuelga hacia un costado de la mecedora. Suena varias veces el timbre del teléfono. A mediano volumen se escucha la canción "Hola, Soledad", cantada por Rolando Laserie.

Se cierra lentamente el telón.

IN MEMORIAM





Elegía para Edgar Allan García (1958-2025)

Abdón Ubidia

Para Emilia y la Kami

Poeta

Hemos venido hoy

Quienes algo te debemos

O mucho o todo

El amor y el humor

Y la alegría

La pasión por la luz y la sonrisa

El fervor por la vida y sus misterios

Aventurero del amor y la belleza

Explorador de sombras indecibles

Poeta del rumor del agua y sus delfines

Poeta juguetón y enarbolado de pájaros festivos

Del jolgorio del sexo y sus aullidos

Del silencio y sus secretos

Poeta del día y de la noche

De las emociones profundas y furtivas

Poeta de la ternura inconclusa
De la lujuria a veces
De los ensueños
Del torbellino brutal de la vida sin freno
De la vida siempre, exagerada y cauta
Poeta del espanto contenido
De las memorias crueles
De las madres ausentes
DE los amores rotos
De las viejas heridas nunca dichas del todo
Poeta de los encuentros sagrados
De las creencias escondidas
Inaprensibles siempre
DE los cultos paganos
De los ritos antiguos
De las magias milenarias y escondidas
De los péndulos pendientes de tus manos
que oscilan siempre
Señalando fortunas y desgracias
Adivinador del tiempo
Presagiador de futuros redentores
Sanador, curador de los males acechantes

De la pobre carne humana
Con su fragilidad y el desamparo
Siempre hundida en sus miedos y las amenazas
De la maldita muerte y sus sentencias
Poeta enorme y reidor
Hemos venido aquí
Quienes algo te debemos
O mucho o todo
Hemos venido a decirte
Que los días son duros
Que los miserables se han tomado el mundo
Que la tristeza anda suelta
Como una loca dispersa
Pero a decirte también
Quienes algo te debemos
O mucho o todo
Que la esperanza subsiste
Porque hay seres como vos
Que mejoran el mundo
Con sus cuentos y cantos
Con su creación desaforada
El rayo imprescindible de luz en la tiniebla

Los versos necesarios
Rápidos como destellos
Y hondos como penas
Poeta mayor
Arcángel del ensueño
Poeta irrenunciable
Compañero de azares y jornadas
Celebrador del mundo y sus hazañas
Egregio cazador de epifanías
Y pesares furtivos
Venimos a decirte
Quienes te debemos algo
o poco o mucho
que, en fin
cuando los vientos calmen
y retornen los dulces días del sosiego
que habrá gentes que hurguen en tus versos
que miren en la profunda claridad
de sus aguas transparentes
los tesoros ocultos que contienen
nunca entrevistados por los ciegos del corazón
y los desdeñosos críticos del tedio

y entonces te harán exégesis y monumentos
y los niños lectores que te amaron
corearán tu nombre
poeta mayor y enardecido
vencedor del tiempo y sus nostalgias
de los obligados dolores y tormentos
quienes te debemos mucho
o poco o algo,
venimos a decirte
gracias
gracias por haber vivido,
por tu vida plena y explosiva
gracias por haber enriquecido el mundo
a tu manera
gracias por la amistad, el cariño y las sabidurías
gracias, gracias mil, poeta
No hallarás, nunca hallarás
No hallarás olvido
Poeta.
Gracias.

MISCELÁNEA





Lo primero es leer

Ricardo Garibay

Lo primero es leer. Lo primero es saber leer. Leer es pasar la vista, la voz, el oído, y con eso el entendimiento, por la escritura de alguien de mejores luces y ciencia que las propias. De allí, leer es un acto de humildad, de devoción, de reverencia. Es asomarse desde el hombro del superior a un mundo vedado hasta ese momento, velado. Es el acto primero del hombre de culto. Es primaria civilidad sobre la cual habrá de levantarse mi participación en el espacio y tiempo que me pertenecen.

Sobre los hombres de vida más entregada a leer que a vivir se construye el prestigio y la fuerza de las naciones que entran por derecho propio a los jardines de la historia.

Debe afirmarse que hombre sin lecturas es apenas él mismo, es a medias bien mostrenco sin dueño y sin destino. Y en esa ausencia de dueño y de destino, él es el principal ausente. Lo cual quiere decir que hombre que no lee no existe, de algún modo profundo no es y no importa que no exista.

Es la caricatura de él mismo, él mismo que nunca llega a ser enteramente. Así como un hombre que lee es doblemente él mismo.

Pueblo que no sabe leer no sabe ver ni oír ni hablar. Menos aún sabe pensar. Y no sospecha los daños que le acarrea su mínimo diccionario, ni cuánto de su barbarie o su tropiezo se debe al torcido sentido que pone en sus escasas palabras. Abecedario pedregal donde la conciencia y el amor no alientan nunca, no pueden hacerlo.

Vía la más corta hacia la trastienda de toda actualidad es el balbuceo gañán, su altanera ignorancia que es incubadora de trampas, demagogias y odios completamente de espaldas al espíritu. Su enemistad hacia los libros, su tonta certeza de estar viviendo una verdad de tal manera evidente que no necesita reflexión ni comparaciones ni comprobaciones.

Y pueblos enteros hay que son gañanes. Uno de ellos, para nosotros principal, es el nuestro. México es país que no lee, es nación casi analfabeta, y por ahí el futuro, el nuestro, se deja ver conflictivo, de pérdidas, no de ganancias. Humillaciones, servidumbres delante de los países fuertes. Fracaso, fracaso, esto es lo que nos espera.

II Lo primero es leer. André Maurois, uno de los grandes humanistas de este siglo en Europa, titula uno de sus más finos trabajos *Lectura, mi dulce gozo*. Ahí hace la exaltación de la lectura y da una serie de noticias sobre los libros que lee. Y cómo los lee y cómo los comenta, que son verdaderamente un encanto para la inteligencia. Y deja con eso un hondo aprendizaje a los que están empeñados en leer, en saber un poco más de la vida, de la existencia, del misterio, de lo que da el siempre acto de existir. *Lectura, mi dulce gozo*.

Con nada gozaba más André Maurois que leyendo. Y he conocido hombres que se consumen verdaderamente en la lectura, en el acrecentamiento incesante de la sabiduría que han logrado almacenar.

El impagable, el inolvidable maestro Erasmo Castellanos Quinto, en los años de preparatoria allá por 1940, nos decía: —Lean, muchachitos. Lean en voz alta y no se reconocerán en quince días, es muy grande el gozo de sentir que de la propia y pobre boca brota de pronto la frase inmortal: “Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles Peleidón”.

Esta frase que nos decía el maestro Castellanos Quinto es el comienzo de *La Ilíada, el poema inmortal de Homero: “Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles Peleidón”*, esta hermosísima frase llega a brotar de nuestra propia boca como natural, como cosa no sólo sabida de memoria sino encarnada en todos los empeños que logremos reproducir dentro de nosotros, empeños hacia el espíritu.

Imaginemos que de la boca de un locutor de televisión o de radio, de los que oímos todos los días brota esta frase, ¡es imposible imaginarlo! El analfabetismo no tolera saber esta frase. O aquello de Rubén Darío: “Yo soy aquel que ayer nomás decía”. Hermosísimas frases, o “En el principio era el verbo, y el verbo estaba en Dios y el verbo era Dios”. Todo en el verbo fue hecho, y fue hecho por el verbo y sin el verbo nada de lo que fue hecho, fue hecho.

Estas agrupaciones de frases que van expandiendo el horizonte de nuestra inteligencia, es lo que va dejando la lectura habitual, constante.

Si usted abre un libro y lee una página diaria en voz alta, en quince días no reconocerá su voz. Su vocabulario se habrá extendido hasta ser irreconocible.



Lo primero es leer. Y leer nos lleva obligada y gozosamente a la literatura, que es donde quiero afinar y afinar mis reflexiones.

¿Qué es la literatura?

La literatura es el arte de las palabras, el logro de la belleza por la reunión de las palabras, nada más. Evitemos definiciones académicas, definiciones que dan los eruditos, esos hombres raros definidos de esta manera: un erudito es el hombre que sabe cada vez más de cada vez menos. Evitemos eso.

La literatura es el arte de las palabras, el logro de la belleza por la reunión de las palabras. Y dado los temas que se encarga, podríamos decir: la literatura es el arte del pecado, del vicio, de la infamia.

Dice François Mauriac, gran novelista católico francés: “Amigo mío, si te interesa la virtud, olvídate de la literatura”. Una novela que nos hable de la virtud, no puede perder un campeonato de aburrimiento. Lo más aburrido del planeta es la virtud, en cualquiera de sus especies.

También recuerdo otra frase, nunca he podido fijar al autor, que dice: “Literatura, la cloaca donde las palabras exhuman la belleza”. Preciosa frase. Las emociones y las pasiones del hombre son la materia prima de la literatura, la única posible. Vamos a poner un ejemplo muy veloz y sumamente insigne, el ejemplo de La Ilíada, la obra inmortal, repito, de Homero, escrita hace 30, 35 siglos.

La Ilíada es el arte de matar, el canto a la traición y a la fiereza de la guerra, el canto a la matanza como sentido de la vida.

Dijimos que la literatura es el arte de las palabras, la consecución de la belleza por medio de las palabras. Y hay una definición que corre acá y allá y que se toma por cierta: la literatura, se dice, es ficción de mundo. Ficción de mundo es fingir un mundo que no existe. Esto es falso y es tonto porque así la literatura resulta un mero artificio, y así la toma el vulgo, como un mero entretenimiento que puede dejarse de lado sin padecer nada. Es ficción de mundo, ah bueno, entonces no es cosa cierta, y todo mundo queda contento.

El mundo literario es tanto o más verdadero que el mundo real. Por ejemplo: Sancho Panza es más real que usted y que yo. El Quijote es más real que usted y que yo. Romeo y Julieta son más reales que usted y que yo. Sancho Panza tiene ya fácilmente, 400 o 500 años de existir y es mucho más conocido y sirve más de ejemplo para el vivir que usted y que yo a los que nos conoce muy poca gente. Otelo el de los celos de Shakespeare es más real que usted y que yo en el mundo de los celos. Para entender los celos, no hay que saber qué siento yo, cómo los siente usted. Hay que saber cómo los siente Otelo, el personaje de Shakespeare, y entonces sí estaremos teniendo una intelección lúcida y atinada de los celos. De lo contrario sólo conseguimos padecer una emoción dolorosa y anónima.

La literatura es la vida misma, es la mostración de la vida, es el revés de la trama. En la literatura todo transcurre de modo lógico y hasta previsible. Nos muestra la urdimbre secreta de la existencia. Esta urdimbre secreta en la literatura aparece con claridad total. Allí entendemos lo que son los seres humanos y cómo vemos claramente que se fabrica su destino.

Literatura y tiempo. Balzac: sabiduría y prolijidad. Nosotros: cansancio, sensación de estar en una obra maestra que por algún lado padece una grave carencia. ¿Cómo es posible? Probablemente es que hay problemas intemporales, problemas de cada época y muchos de los nuestros no están en Balzac.

Por arriba de tiempo y espacio la vida es igual a sí misma, pero la piel de los días es móvil. La costra de la vida donde nos movemos, eso es móvil. Somos más nuestros días que la vida esencial, de la cual formamos parte, y nuestros días no están en "Papá Goriot", personaje de Balzac. Y de algún modo algo sustantivo nuestro no aparece allí. No estamos retratados en la obra de Balzac. No que seamos otra cosa o completamente diferentes

de hombres y mundo pasados. Generación va y generación viene, pero la Tierra permanece.

La literatura es el arte de las palabras, el logro de la belleza por la reunión de las palabras. Y dado los temas que se encarga, podríamos decir: la literatura es el arte del pecado, del vicio, de la infamia

Somos los mismos desde el principio de los tiempos y para siempre, por eso estamos en Balzac, ahí nos reconocemos.

Pero digamos, hay muchas maneras de ser lo mismo y la de hoy no es la que fue, por eso no estamos en Balzac. Ya es mucho sobrevivir un siglo en caso de un escritor. [Eduard von] Keyserling pedía 80 años de perennidad, no le daba más a la inmortalidad de un escritor. La lámpara de los inmortales se apaga normalmente en la siguiente generación.

Ahora, si literatura es ficción de mundo, digamos mundo fingido, que no es así, pero en fin aceptemos, si la literatura es ficción de mundo, a cada mundo su ficción. Mundo es tempo, los días de cada época son el alimento de la literatura. Lo que sobrenade literariamente en el mar de esos caducos días será la gran literatura, algo parecido a las verdades eternas. Un poco lo que sin remedio y más o menos nos sabemos de memoria. De donde todo afán de sobrevivencia es necio. No sólo habremos de morir cada uno en cuerpo o con su cuerpo, sino que habremos de morir también en la historia.

Todo afán de sobrevivencia es necio y lo contrario, toda forma suicida o humilladamente aceptante de la caducidad, es una forma de heroísmo. Piénsese en el escritor maduro que quiere contar una historia de amor entre adolescentes. Ya no conoce a los de hoy, los únicos que valen. Los que conoce están en su memoria, adolescentes de hace 30 o 40 o 50 años, cosa muerta ya. Piénsese en el sabor prehistórico que deja una obra tan linda como Claudine de Colette, la escritora francesa, el sabor prehistórico que eso deja, fue escrita hace más o menos cien años. Piénsese que en los últimos 25 años el mundo anduvo 25 siglos y dese cuenta de lo poquísimo que en literatura, que es lo que me importa, nos toca vivir.

Lo literario transcurre en pretérito y en copretérito. Lo cinematográfico en presente. Esos tiempos verbales son la intimidad de esos géneros y la diferencia formal entre ambos. Diferencia formal y acaso también esencial, toda vez que la historia cinematográfica no admite otro tiempo.

Si buscas hacer literatura dirás con Alfonso X el Sabio: “Después que Julio César hubo muerto a Pompeyo y vencido sus enemigos y conquistadas las gentes y las tierras y echas las cosas que habéis oído arriba, los romanos lo alzaron Emperador de Roma y pusieron en su mano todo poder y señorío”.

Lo que sucede en cine, sucede en el momento en que está sucediendo y nada más. Literatura para los ojos, mundo que transcurriendo muere. Fugacidad que equivale a irrealidad. Pegazón de imágenes.

Si buscas en cambio hacer cine dirás con Dylan Thomas, el inglés: “Vemos a dos hombres, con unos tarros de barro en las manos, que están parados en medio del mercado. Uno es alto y muy delgado, ríe de nada. Una mujer cruza la escena empujando una carretilla colmada de harapos” o dirás con Sergei Eisenstein: “El gran pope cubre la cara del agonizante con un libro sagrado. Los príncipes van y vienen pesarosos. Diáconos cantan. El pope recita la fórmula de la muerte. El rey levanta poco a poco el libro y se asoma por la orilla de las páginas”.

Esos empleos verbales, copretérito o pretérito para la literatura, presente para el cine, no son ociosos. En literatura pretérito y copretérito hacen las veces de eternidad, porque ponen el mundo a distancia, como materia de contemplación o reflexión y lo vuelven perenne, remoto, inmediato, real, interior.

Lo que sucedía o sucedió alguna vez en las páginas de una novela, está sucediendo para siempre, dentro y fuera de mí, lejos de mí, junto a mí. Sigue y seguirá viviendo en un lugar de la Mancha un hidalgo que vivía poco antes de que Cervantes lo inventara. Lo que sucede en cine, en cambio, sucede en el momento en que está sucediendo y nada más. Literatura para los ojos, mundo que transcurriendo muere. Fugacidad que equivale a irrealidad. Pegazón de imágenes. Precariedad del instante. Material para el olvido. Para que Greta Garbo viva sorbiendo el champaña en los labios de Melvyn Douglas, tendrá que vivir ininterrumpidamente delante de nosotros

sorbiendo sin término el champaña en los labios de Melvyn Douglas, cosa imposible, pues ni siquiera en el recuerdo el cine se hace literatura pues existe sólo para los ojos del cuerpo.

Probablemente al cine le viene del teatro el presente, pero también le viene de ser el producto de la fábrica de sueños, si mucho una mañosa ficción destinada a divertir y a retacar de dinero las taquillas. Aquí y ahora y hasta cuando casi alcanza la verdadera dignidad el cine, como ningún otro quehacer, queda condenado a no ser nada con el paso de muy poco tiempo. Nuestro escritor Carlos Fuentes acuñó hace años esta estupenda certeza: "Cine, celuloide eres y en celuloide te has de convertir".

Decíamos, la literatura es una recreación de la creación. No es ficción de mundo. De serlo, sería la literatura un mero artificio, un mero entretenimiento, y así la toma el vulgo, y eso es la extensa zona de la mala literatura, la literatura sentimental construida sobre los lugares comunes de la experiencia de la masa, de la experiencia popular. También es la zona de la literatura policial, la del entretenimiento, la que con raras excepciones sólo ha producido y producirá eso, entretenimiento, un pasatiempo más o menos bobo.

Abrimos una mala obra literaria y viendo el arranque sabemos cómo será su cuerpo y cómo será su desembocadura o su final, no se diga si se trata de una obra policial. Es distracción, sólo eso. Y la distracción, decía Pascal, es dispersión. Distracción-dispersión son dos términos que se siguen, uno a otro, que van a dar en lo mismo, es decir nadería.

La literatura no es ficción de mundo, no es entretenimiento, no es distracción, no es dispersión. Es la recreación de la creación, el sentido último que pueden tener los seres y las cosas en el mundo que conocemos. Esto es la literatura. Es un universo paralelo que algunos hombres vislumbran y al que dan forma en la especie de la belleza verbal.

Oír esto no es habitual, haber llegado a esta conclusión no ha sido fácil, ha requerido mucho tiempo, muchos años de trabajo sobre la materia, muchos diálogos con los mejores hombres entre nosotros y en algunos países del extranjero, mucha gana de encontrar un sentido profundo en la actividad a la que uno ha entregado la existencia toda.

La literatura es un universo paralelo que algunos hombres vislumbran y al que dan forma en la especie de la belleza verbal.

Los seres y las cosas en la literatura existen. Existen de verdad, en la literatura. Y ésta existe sin duda en la mente del hombre, en la historia del hombre, en el ser del hombre. No es una fantasía o quimera o mera imaginación o imaginería, no, es una existencia real.

Piense usted un momento: vive el Quijote, vive realmente en la historia del mundo, en los quehaceres de los hombres hoy día, vive y vive desde hace quinientos años.

Vive el Rey Lear de Shakespeare, vive, vive en la posición del padre tratado injustamente por las hijas, allí está, digamos el homotipo. Allí está el tipo universal al cual se van agregando los hombres que con su experiencia dan el ejemplo del Rey Lear, se le parecen y pueden ser juzgados dada la gran capacidad creadora de Shakespeare que nos hizo ver la almendra, el centro, de una manera de ser humana universal. Vive Fausto el de Goethe, el que entrega a su alma al demonio a cambio de recuperar la vida que la vejez le está quitando a pasos rápidos. Vive la pretensión soberbia de Fausto de volver a épocas juveniles, a poderíos juveniles que ya no tiene y a la plenitud mental que siente que se le reseca en la vejez.

Es más cierto en la vida una obra literaria insigne, que la vida que estamos viendo y tentando

Vive Ulises, el viajero de Homero, o sea Odiseo. Vive en su viaje incesante, buscando su pequeña patria allá, entre las islas griegas, vive. Vive como ejemplo del viajero, del sagaz, del hombre que puede engañar al infortunio con la astucia, con la inteligencia, con los recursos de la sobrevivencia.

Vive el infierno del Dante con todos sus condenados y vive el paraíso del Dante con todos los amorosos bienaventurados que el Dante pone allí. Vive definitivamente.

Puedo contar una anécdota graciosa que me ocurrió llegando, hace ya cuarenta años tal vez, al Perú. Llevaba yo un ejemplar de la Divina comedia y me lo confiscó el soldadón de la aduana en el aeropuerto. Le dije:

—¿Por qué me quita usted mi libro?

Decía *Divina comedia de Dante Alighieri*. Dijo:

—Porque con la religión no se hacen comedias.

Y me quitó mi libro, me quitó mi ejemplar y no lo recuperé nunca.

Bueno, esto es un poco un ejemplo de que vive verdaderamente ese gran libro escrito pronto hará mil años. Hay esta otra anécdota que nos puede aleccionar mucho. Un pintor notable inglés pinta el retrato de Lady Ransom. Y se hace la vernissage, el descubrir el retrato delante de un nutrido grupo de la aristocracia inglesa. Alguien que no quiere al pintor, ve el cuadro y dice:

—Ésa no es Lady Ransom.

Y el pintor dice:

—Tiene usted razón, esa no es Lady Ransom, eso es un cuadro.

Decíamos: las cosas, los seres en la literatura existen, y la literatura existe en la mente del hombre, en la imaginación del hombre.

Tanto es así que se puede saber o se puede pretender saber mucho de la vida con independencia o ajenidad de los libros, y en realidad no se sabe más de lo que sabe el común, que no sabe nada verdadero.

El hombre de los libros, el hombre que se alimenta literariamente, es que ve la vida y el mundo con ojos sabios, y ningún otro hombre le iguala, porque nada es ficción en la gran literatura, nada es mentira o fantasía, todo es rigurosamente cierto, y yo diría más cierto que lo que sucede en la vida que vemos y tentamos todos los días.

Es más cierto en la vida una obra literaria insigne, que la vida que estamos viendo y tentando. Sancho Panza, por ejemplo, existe en la conciencia de los hombres y en la vida diaria de los hombres todos. Tiene una existencia más viva, más física, que la de usted y la mía. Claro, no se puede pellizcar a Sancho Panza o clavarle un alfiler, no grita Sancho Panza, es un ser que pertenece al orbe de la imaginación, yo estoy de acuerdo, pero ese orbe es más verdadero que el orbe físico. No chilla Sancho Panza si le damos un pellizco a su imagen pintada por Gustave Doré, no, no chilla, pero a la hora de reflejar la naturaleza de los seres humanos, Sancho Panza es mucho más universal y está mucho más presente que usted y que yo.

No sería inútil, nada inútil, que usted reflexionara un momento, en esta proposición que no es mía, que yo simplemente repongo, repito, hecha por hombres, en esto, mucho más aventajados que yo.

Dijimos: nada es ficción en la gran literatura. Y decimos ahora: allí es, en la realidad visible, los siguientes tres renglones que encierran la posible grandeza de los seres humanos. Allí es, allí será: la capacidad de asombro, el apetito de misterio y el menester de eternidad.

Estas tres cosas, según pensadores europeos de muchísima ventaja, forman la especie superior de la condición humana, digamos que forman la almendra del espíritu del ser humano.

La capacidad de asombro. Piensen ustedes un momento en que es el niño, bien alimentado, bien cuidado, el pobrecillo niño indigente no, pero el que esté hecho conforme a principios y reglas más o menos precisas sí, es el niño que goza la capacidad de asombro mayor en la especie humana. Es el asombro incesante de una inmensa capacidad de aprendizaje.

Cuando el hombre adulto mantiene un poco esa antigua capacidad de asombro teñida en la niñez, el hombre adulto es realmente un hombre de selección. Es patrimonio del Das man, del hombre común, del hombre de la calle, no asombrarse de nada. Y se supone que la experiencia de los que más saben está en la incapacidad de asombro, está en la posibilidad de que nada sea sorprendente. Esto simplemente es pobreza de alma. No es inteligencia, no es conocimiento, no es sabiduría, es pobreza de alma.

Es en la literatura donde está la capacidad de asombro para los seres adultos, en los adultos se fija y se reproduce, se expande, prácticamente sin término. Desde luego el escritor es un hombre cuya capacidad de asombro se parece mucho a la que tiene el niño, y su técnica, aprendida a lo largo de los años de trabajo, hace posible que esta capacidad trascienda hasta la escritura y sea propuesta a los demás.

Es en el comercio con los libros, donde nuestra capacidad de asombro quedará robustecida y como rediviva o renacida de modo incesante hasta antes del fin.

La literatura, dijimos, es capacidad de asombro y es apetito de misterio, es menester de eternidad.

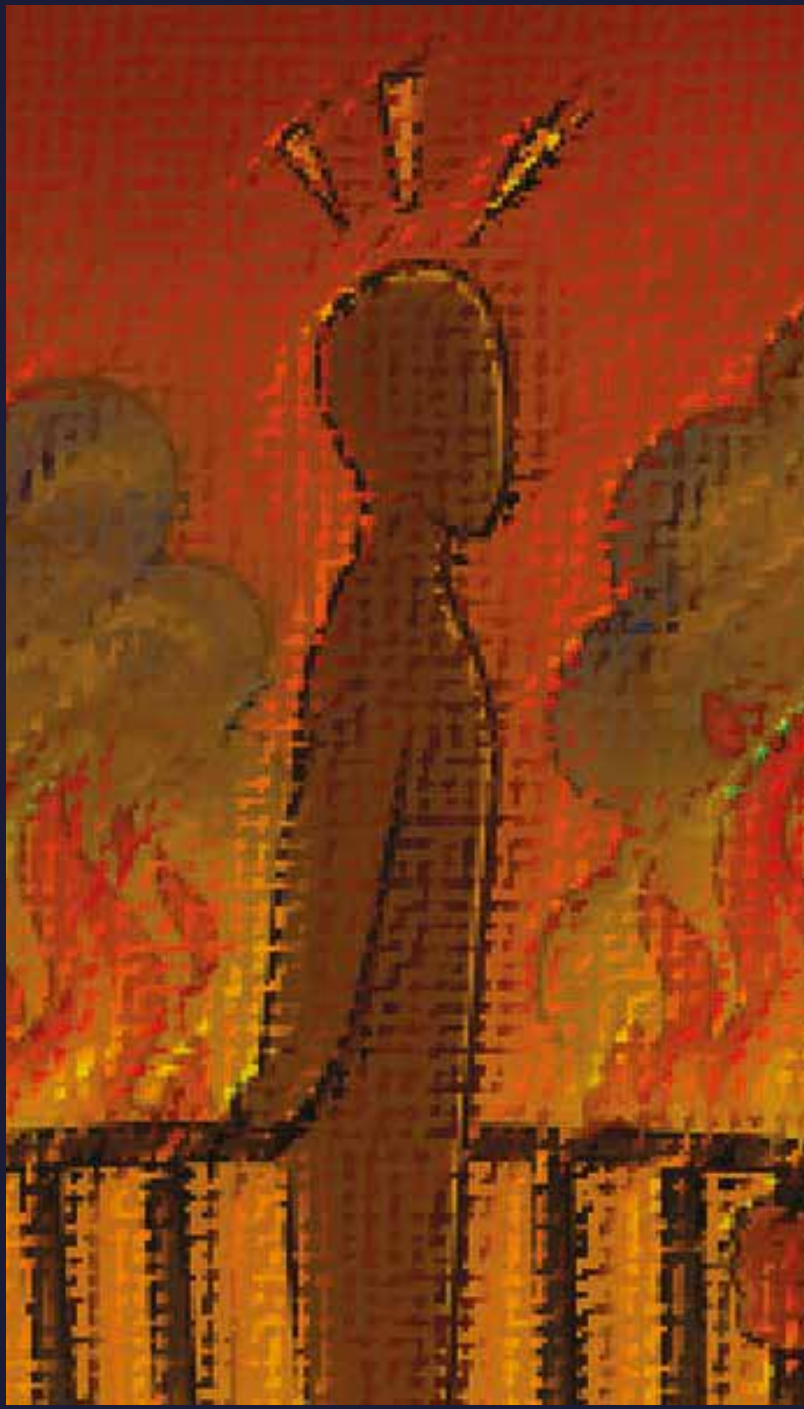
El apetito de misterio es tener la curiosidad inteligente de saber lo que hay detrás de las cosas, qué hay detrás de los seres vivos, qué hay detrás de los seres muertos. Se trata de un espíritu religioso fundamentalmente, no de un espíritu eclesiástico. No hay porqué pertenecer a una iglesia o a un determinado credo para tener apetito de misterio, para tener naturaleza religiosa. Se trata de una íntima sensación de orfandad, de una certera certidumbre, valga la redundancia, valga la repetición, de que es necesario un ser necesario por encima de los seres contingentes que somos todos los que habitamos el planeta.

Paradójicamente, insisto, no es necesario creer en Dios o tener una fe eclesiástica para tener este espíritu y para tener el apetito de misterio. El bruto, la bestia, el animal no tiene ningún apetito de misterio, vive los días puntualmente y muere cuando hay que morir, punto. Tampoco tiene memoria. Entre más se eleva un hombre por arriba de sí, más se despierta en él su apetito de misterio, su apetito de finitud, de inespacialidad, su gana de caminar como dirían los hombres del Islam, por los frescos jardines del Creador, más allá de los páramos ardientes de que está compuesta la existencia humana de todas las semanas. Cansa vivir, cansa vivir de lunes a domingo, de lunes a domingo, de lunes a domingo. Pero si alimentamos el apetito de misterio de lunes a domingo, habremos sufrido y gozado la capacidad de asombro y la posibilidad de valorar algunas aristas, algunas estrías, algunos avisos, algunos resplandores, algunos reflejos del misterio que nos rodea por todas partes. Esto es la literatura y no otra cosa.

Tomado de *El Cultural* (México, núm.460, sábado 20.07.24), suplemento de *La Razón* (Nueva Época).

La **literatura** es el **arte de las palabras**, el **logro de la belleza** por la **reunión** de las palabras, nada más.

FICHA DE COLABORADORES



Alla Kondratova
(Syktyvkar
ex-Unión Soviética, 1960)

Aunque tuvo su formación académica en Moscú (se graduó de química en la Universidad de Lomonosov), se considera una autodidacta. Ha realizado exposiciones colectivas dentro y fuera del país desde 1985. Ha expuesto en centros culturales como la Fundación Guayasamín. Ha ilustrado libros de literatura como Puerto de luna de Carlos Béjar Portilla. Trabaja en ESPOL desde 2003 donde ha ganado el premio a la mejor docente de toda la institución. Se considera discípula del cartógrafo alemán del siglo XVIII, Justus Perthes por su dibujo bidimensional y la forma en que poblaba sus mapas con criaturas mágicas. La pintora quiere ver en su tumba el siguiente epitafio: "Artista desconocida del siglo XXI".

Santiago Toral
(Guayaquil, 1986)

Escritor, editor, traductor y docente. Magíster en Comunicación Audiovisual por la Universidad Católica Argentina y doctorando en Teoría de la literatura por la Universidad Autónoma de Barcelona. Coordina la carrera de Literatura en la Universidad Casa Grande (Ecuador). Dirige el Encuentro de Literatura Independiente (ELI).

Editor de *Brazo de Mar* y de la editorial de la Facultad de Artes de la Universidad Casa Grande, Canutero. En dicha editorial ha editado las antologías *No te olvides de mí* (2023), *Oficio de sombras* (2024) y *La irrealidad y nada más que la irrealidad* (2025).

Como escritor ha publicado las novelas *Del mar viene* y *Cuando se fueron las libélulas*.

Elma Murrugarra
(Lima, 1974)

Ha publicado los poemarios *Juegos* (Magdala Editora, 2002), *La función de las parcas* (Fondo Editorial de la Universidad de San Martín de Porres, 2004), *Al sur en Caral* (Proyecto Literal, México, 2006), *Cuentos de Domingo* (Pilpinta Editora, 2009) y *La memoria hila* (Ediciones Copé, 2025) con el que obtuvo el Premio Copé de Oro de la XXI Bienal de Poesía 2023. Es directora del sello de poesía Pilpinta Editora y es asesora editorial del sello mexicano de poesía Proyecto Literal. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de San Martín de Porres.

**Cecilia Velasco Andrade
(Quito, 1965)**

Vive en Guayaquil desde hace siete años. Vive y sueña mientras mira el agua mansa del río correr en cámara lenta. Por la calle, en su cabeza, mientras camina con rapidez, escribe las páginas perfectas, rítmicas y poéticas que sueña con convertir en páginas de papel. Ha escrito historias y poemas infantiles, un poemario ilustrado, una novelita que habla sobre un héroe ridículo y varias historias para lectores, sobre todo jóvenes, publicadas en Norma, Loqueleo, Andarele y editorial Panamericana. Colabora con la revista *Diners*. Ha escrito ponencias y artículos académicos sobre literatura y teatro ecuatoriano y es profesora de la Universidad de las Artes, donde dirige la revista *Pie de Página*.

**Abdón Ubidía
(Quito, 1944)**

Narrador, ensayista, antólogo, investigador y crítico. Premio Nacional Eugenio Espejo, 2012. En la década de los sesenta del siglo pasado fue parte del grupo literario Los Tzántzicos; posteriormente fue miembro del consejo editorial de la revista *La Bufanda del Sol* y en los ochenta dirigió la revista cultural *Palabra Suelta*. Sus primeros cuentos aparecieron entre 1965 y 1968 en la revista *Pucuna*. En 1979 publicó el libro de cuentos *Bajo el mismo extraño cielo*, que lo hizo acreedor al Premio Nacional de Literatura José Mejía Lequerica; el mismo que volvió a ganar en 1986 con su novela *Sueño de lobos*. También publicó: *Ciudad de invierno (1979)*; *Sueño de lobos (1986)*, y *La Madriguera (2004)*, que le valió el Premio Joaquín Gallegos Lara a la mejor novela del año. En el relato corto cultivó los géneros de la ciencia ficción y fantasía, en particular *Divertinventos (1989)*, *El palacio de los espejos (1996)*, *La escala humana (2008)* y *Tiempo (2015)*. Dentro de su labor ensayística, se encuentran su libro *Referentes (2000)*, agudo análisis sobre las prácticas del saber y la cultura en el escenario del capitalismo tardío. Su más reciente libro es *Proyecto Dios: Relato sobre la inteligencia artificial (2023)*.

**Karen Vinueza Chávez
(Guayaquil, 1981)**

Directora de arte, diseñadora gráfica y fotógrafa profesional con una extensa trayectoria en el ámbito de la creación visual y la docencia. Actualmente cursa un Doctorado de Artes Visuales y Educación en la Universidad de Granada (España), donde también completó un Máster de Artes Visuales y Educación con Matrícula de Honor (2022-2023). Posee doble titulación, Tecnología y Licenciatura en Diseño Gráfico y Publicitario de la Escuela Superior Politécnica del Litoral, además de estudios de Fotografía Profesional en la Escuela de Fotografía Motivarte, Argentina. Se desempeña como directora de arte y especialista visual en el uso híbrido de IA en proyectos publicitarios en agencias de diseño en España. Codirigió BROTEstudio, una agencia de creación audiovisual y diseño gráfico, en Argentina y Ecuador del 2010 al 2024. Cuenta con experiencia como docente en las áreas de fotografía, diseño gráfico y artes visuales. Ha participado en múltiples exposiciones colectivas de fotografía y pintura desde 2003 hasta 2016.

**Sonia Manzano
(Guayaquil, 1947)**

Poeta, narradora, ensayista y pianista. Su obra lírica está conformada por doce poemarios, entre los que se cuentan *Full de reinas (1991)*, *Patente de corza (1997)*, *Último regreso al Edén (2005)* y *Espalda mordida por el humo (2015)*. Su poesía consta en numerosas antologías ecuatorianas y extranjeras, entre otras: *Casa de Luciérnagas, de Mario Campaña (Barcelona – Bruguera – 2007)*, *Poetas nuestros de cada día: Marco Antonio Rodríguez (CCE Quito, 2008)*, *Tapestry of the Sun, an Anthology of Ecuadorian poetry (Guayaquil, Centro Ecuatoriano Norteamericano, 2009)*, *Antología de la poesía ecuatoriana contemporánea, de Emilio Cocco, (edición bilingüe, italiano español – Italia – 2012)*, *Poetas Hispanoamericanas de hoy (España, 2007)* y *Poesía ecuatoriana contemporánea (México, 2010)*. Su obra ha sido traducida al inglés, japonés, francés e italiano. Sus más recientes libros son *El vino de tu sombra (2024)*, *Trata de viejas (2015)* y *Rapsodia en seco (2024)*.

**Viviana Cordero
(Quito, 1964)**

Realizó estudios de Letras Modernas en La Sorbona en París. Incursionó con su primera novela, *El Paraíso de Ariana*, publicada en 1994. Posteriormente, publicó *El Teatro de los Monstruos (2000)*, *Una pobre... tan ¿qué hace? (2001)*, *Mundos Opuestos (2010)* y *Voces (2011)*. Su libro, *Tres Pasos de Baile* fue publicado en agosto de 2019. Intercaladas entre estas obras, Viviana escribió y dirigió una serie de piezas teatrales muy comentadas: *Mano a Mano (2000)*, *Tres (2001)*, *María Magdalena la mujer borrada (2004)*, *Escenas Familiares (2005)*, *De arrugas y bisturís (2006)*, *La Torera (2006)*, *Anatomía (2007)*, *Amor... puertas afuera (2009)*, *Amores.com (2013)*, *Bien quedada o mal casada (2014)*, y *¿Bailamos...? (2018)*. En el cine, ha sido escritora y directora de las siguientes películas: *Sensaciones (1991)*, *Un Titán en el Ring (2002)*, *Retazos de Vida (2007)*, *No Robarás... a menos que sea necesario (2013)*, y *Sólo es una más (2017)*. También escribió y dirigió la teleserie de 24 episodios *El gran retorno (1996)*. Viviana reside en Portugal donde se encuentra trabajando en su última novela.

**Fernando Nieto Cadena
(Quito, 1947 – Villahermosa,
2007).**

Trabajó como profesor de literatura y eventualmente como decano en la Universidad Técnica de Babahoyo. En los 70 ayudó a formar en Guayaquil el grupo literario Sicoseo, tomando como referente los talleres que dictaba Miguel Donoso Pareja, en México. En 1989 ganó el Premio Jorge Carrera Andrade, entregado por el municipio de Quito al mejor libro de poesía del año, por el poemario *Los des(en)tierras del caminante*.

Ricardo Garibay
(1923 –1999, México)

Fue un escritor y periodista mexicano. Estudió la licenciatura en derecho en la UNAM, donde además fue profesor de literatura por más de 4 años. Fue jefe de prensa de la Secretaría de Educación Pública y conductor del programa de televisión Calidoscopio: *Temas de Garibay*, en el Canal 13, Imevisión (México). Fue presidente del Colegio de Ciencias y Artes de Hidalgo, en Pachuca. Colaboró en la Revista de la Universidad de México, en Proceso (de la que fue cofundador), en *Novedades* y en *Excélsior*. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores, de 1952 a 1953, e ingresó al Sistema Nacional de Creadores Artísticos de México (SNCA), como creador emérito, en 1994.

